

EL HALCÓN



por
ARNALDO VISCONTI



La **VENUS**
de
EBANO

CAPÍTULO I

Los conspicuos de Beaufort

Era una ciudad riente, agradable, pacífica y señorial. Sus plantaciones de algodón fingían campos nevados por entre los cuales transitaban cansinamente personajes de piel negra de ambos sexos, acompañando su labor con canciones donde el inicio lo improvisaba cualquiera de ellos, coreándole los demás, con más entusiasmo, para desfogar sus nostalgias en canciones que para dedicarse con continuidad al trabajo.

Beaufort, cincuenta millas al norte de Savannah, era una ciudad placentera, donde no había discordias ni rencillas que no tuvieran pronto arreglo.

Más que al juez de paz Broderick Crawford, acudían los litigantes a las personalidades más apreciadas de Beaufort.

Una de ellas era Helen Ryan, la, “gran dama” de Beaufort. Contaba apenas treinta y cinco años, y no parecía mucho más vieja que su hija Rosalie.

Menuda y vivaracha, a la muerte de su marido, ocurrida diez años antes, demostró que su apariencia de muñeca ocultaba una energía voluntariosa que se imponía en muchas discusiones con los hacendados de la ciudad.

Todos los negros que por generaciones venían trabajando en la plantación de los Ryan, entonaban por las noches, después de la cena, canciones improvisadas, en las que con ritmo lento y enervante prodigaban pueriles elogios a “Missus Helen”, colmándola de sentimentales alabanzas, que muchas veces lograban enfurecer aparentemente a la menuda señora; entonces, ésta, armada de su inseparable fusta, que sólo empleaba como adorno, fingía poner fin a aquellas melopeas, golpeando en toques nerviosos las anchas espaldas de los más fuertes, que reían complacidos como si con ello les demostrara la dueña una muestra de especial afecto.

Su hija, Rosalie, tenía apenas diecisiete años, pero era una belleza cautivadora, con esa apariencia de fruta sazónada de la mujer criolla, descendiente de franceses cuarterones.

La casa de la familia Ryan era sin duda la más rica y extensa de las tres propiedades más importantes de Beaufort. Alrededor de Beaufort se agrupaban las tres importantes plantaciones que rodeaban la ciudad con sus campos de algodón y azúcar.

Las viviendas señoriales poseían extensos jardines, separados de las

casas exteriores de la ciudad y situadas frente al campo y los alojamientos donde habitaban los negros.

Eran tres edificios contruidos con gran semejanza de forma y estilo; el que se llamó colonial, con grandes pórticos, escalinatas, abundantes columnas y profusión de color blanco, moteado de flores trepadoras.

Cada una de estas casas poseía interiormente dos características muy señaladas y que denotaban la idiosincrasia de los hacendados del Sur: un gran salón de baile, para recibir con frecuencia a sus muchos invitados, y un piso enteramente destinado a alojar huéspedes, porque la hospitalidad era, más que un privilegio, una costumbre social.

La propiedad que formaba el ángulo occidental de Beaufort pertenecía al difunto coronel Frank Lloyd, en cuya misteriosa muerte había intervenido la mano del bandolero legendario, ídolo de los negros y de los sudistas: "El Halcón".

El vértice oriental estaba ocupado por la mansión de Theodor Clayton, y cerraba el triángulo por el sur la morada de la familia Ryan.

Estaba ésta situada a la entrada del pueblo, cerca de la ancha carretera bordeada por las plantaciones de algodón y azúcar, y que en más de una milla no ofrecía la menor sombra.

Aquella carretera se dirigía en línea recta hacia Beaufort. El primer ramaje que se encontraba era un enorme naranjal que rodeaba la aldea de los negros, con sus pequeñas casas de buen aspecto, cada una de las cuales tenía su jardincito bien cuidado, que no sólo producía legumbres y frutas, sino que eran también vergeles.

Más al sur se prolongaba el jardín que pertenecía a la mansión de la familia Ryan, en el que había plantados naranjos, granados y melocotoneros.

A continuación se hallaba la casa señorial situada casi lindando con la carretera, y separada de ésta sólo por varios árboles de quina de anchas ramas, que no impedían la visibilidad frente al recodo en que ya la carretera pasaba a ser la calle principal del pueblo.

La casa era un sólido edificio de dos pisos, y en su parte delantera corría una galería a lo largo de la fachada, sobre la que descansaba la terraza protegida por la parte sobresaliente del tejado.

Por aquel día veraniego de 1861, Helen Ryan hallábase en la terraza, tumbada en colgante hamaca bajo la sombra de plantas trepadoras. Una negrita, en pío, casi una niña, le daba aire con un amplio abanico de plumas de pavo real.

A pocos pasos de distancia, Rosalie Ryan escuchaba embelesada las "dulzuras" del joven capitán Dan Carter.

Dan Carter, alto y musculoso, era un rubio pecoso, excesivamente tímido con las mujeres, y temido por los hombres, porque su carácter

era de una rectitud casi puritana, que no transigía con vicios ni abusos.

Cuando meses antes Carolina del Sur se separó de la Unión, se organizó una milicia de caballería. Suboficiales fueron elegidos por votación, y en Beaufort fue elegido Dan Carter, como capitán, porque, era el mejor tirador y jinete de la ciudad, y se contaba con sus dotes de mando para mantener el orden en aquella indisciplinada milicia, formada por aristócratas, granjeros y veteranos de la guerra de Méjico y de los semínolas.

Dan Carter vestía el uniforme gris adoptado por los Estados separatistas, y en su sombrero de anchas alas destacábase el triple círculo amarillo concediéndole el grado de capitán.

Pero en aquellos momentos usaba su sombrero, a modo de abanico, para refrescar el rostro sonriente de su prometida. Para lograr que Dan Carter se declarase a Rosalie Ryan habían sido necesarias muchas impertinencias de su aya, la negra Bienemay.

Pero ya ahora Dan Carter era inmensamente feliz y tenía el orgullo de comprobar que iba progresando en el arte de decir las naderías que a oídos de enamorada suenan a música inigualable.

Rosalie Ryan estaba enamoradísima del que, siendo su compañero de juegos infantiles, era ahora su novio.

Desde su hamaca, Helen Ryan contemplaba afectuosamente a la pareja. No hubiera soñado con mejor marido para su hija, que el pecoso y viril muchacho que ahora susurraba con gran convicción:

—Tú eres mi felicidad, tú eres mi vida y sin ti me encuentro como el mutilado. Bueno..., creo que esto ya te lo dije ayer y también anteayer— añadió en un prurito de sinceridad.

—No— replicó ella igualmente sincera—. Aunque si así lo afirmas... Pero para mí es como si acabaras de decírmelo, ¡Qué día tan hermoso, Dan!

—Todos lo son estando tú... Es buena costumbre esa de hablar por la mañanita temprano. Hace poco calor.

Aquel descubrimiento pasmó a Rosalie.

—Es cierto. Porque ya hacia las diez se pone el día imposible de caluroso.

Y seguían charlando, encontrándose mutuamente prodigios de elocuencia. La voz de Helen Ryan, desde la hamaca, solicitó:

—¿Me dais permiso para interrumpir vuestra importantísima conversación?

—¡No faltaría más, señora!— exclamó Carter poniéndose en pie.

Con gesto indolente desde la hamaca, quiso Helen Ryan significar un leve reproche:

—Desgañitada estoy—comentó, ella que nunca alzaba la voz ni aun en momentos de enfado—de decirte que debes llamarme Helen y

no ponerte en pie cada vez que te hablo.

—Sí, señora...—dijo, sentándose, el capitán—, Bien, sí, Helen...

—Habrás oído chanzas de soldados acerca de las suegras y me quieres conservar a distancia.

—¡La quiero a usted tanto como a Rosalie! Claro, de modo distinto, pero la adoro señora.

—Si hubieras dicho: "La adoro, Helen", hubiera estado perfecto.

Madre e hija rieron, y Dan Carter abrió su boca, no pequeña, brillantes los ojos de contento.

—Os he interrumpido, hijos, porque quiero leer... Oye, Lil—añadió Helen Ryan mirando a la negrita—, me has abanicado ya bastante. Vete al sótano, prepara unos refrescos de fruta y tráelos dentro de un cuarto de hora. Quince minutos, no antes.

La negrita se marchó, y al quedar solos, agitó Helen en el aire una carta. Su gesto, y el ademán con que lo acompañó, hicieron, que levantándose, acercarse Rosalie corriendo.

—¡Carta de Michael!—gritó.

—Sí. Anoche me la entregaron. La he leído tantas veces, que me la sé de memoria. Tu hermano...

Dan Carter se aproximó también. Siempre que se hablaba de Michael Ryan sentíase desazonado. Le parecía como si cometiera una falta de caballerosidad, guardando secreto lo que sabía.

Que Michael Ryan había muerto asesinado por dos pistoleros y que, si el "Él Halcón" continuaba en vida, era por la suplantación que del enmascarado bandolero hacía Rock Gambler.

—Tu hermano parece muy contento, como siempre—dijo Helen, examinando arrobada la letra imitada por Rock Gambler—. Y tú, Dan, debes oír lo que nos dice. Ya sabes que cumplimos lo que nos exigió. Revelarte la personalidad de "El Halcón" cuando formarás parte de la familia. Y vas a casarte con Rosalie... Escuchad.

Mientras duró la lectura, pensaba Dan Carter en el dilema que se presentaba. Enferma del corazón si Helen Ryan supiera que su hijo había muerto, aquel hijo que para ella, era, con su personificación del caballeroso bandolero justiciero, la plasmación de todas las arrogantes cualidades del Sur, aquello significaría indudablemente la muerte para la sensible madre.

Y por eso fingía, el poco avezado a simulaciones, creer en que la firma Michael Ryan representaba al que yacía enterrado.

La voz de Helen Ryan tenía trémolos de éxtasis, leyendo:

"Madre: he pasado unos días deliciosos en Richmond. Cerca de la ribera del río he contemplado un barco que zarpaba hacia Londres. Llevaba a bordo tres seres, felices, y yo lo era pensando en ti. Era feliz, porque sé que te alegrará saber que pude contribuir a la felicidad de

tres seros buenos como tú. Siempre tienes razón, madre. No es inútil derrochar la bondad, porqué, es la gran verdad humana. Todos buscan a paz espiritual y no saben hallar el camino, que no es más que la senda del bien.

"Por eso estoy orgulloso, madre, de ser "El halcón", y sobre todo de contar con tu cariño. Él me sostiene y me hace persistir en la misión de luchar contra el mal.

"Y por cierto, madre, que tu rencor hacia Rock Gambler también disminuya. He hablado con él. Es un cínico aventurero, pero sufrió mucho y tiene alma adolorida. Teme que los demás sepan que conserva un fondo de bondad, porqué dice que eso fue lo que le perdió.

"Escúchame: si alguna vez, que no lo creo, volvieras a ver a Rock Gambler, trátale sin rencor. Era mentira que él quisiera delatarme; al contrario, puedo asegurarte que en cierta ocasión me salvó de un peligro, pero, sobre todo, hablo así de él porque he comprendido su íntima tragedia.

"ES un hombre ansioso de ternura, pero nunca la ha dado, Tú, madre, tú que tienes un corazón, tan generoso deja un cachito de él para Rock Gambler y, además, recuérdale en tus oraciones.

"Supongo que Myosotis y Dan serán los seres más dichosos de la tierra. Eso me conforta. Me conforta tener la seguridad de que sois felices. – Mi alma en un beso, madre,

Michael Ryan".

Los claros ojos azules de Rosalie tenían el color de la flor myosotis, ahora empañado como si el rocío hubiera destilado sus perlas líquidas en las pupilas, de la que miró conmovida a su prometido.

—El día de nuestra boda... confío que Michael asistirá, Dan.

El joven limitóse a asentir mudamente. Sabía que ya nunca Michael Ryan visitaría el hogar de sus antepasados.

Helen Ryan introdujo de nuevo la carta en su escote.

—Ya que mi hijo me pide benevolencia para ese aventurero, procuraré tenerla, aunque espero que no le veremos más. No dudo que Michael tendrá sus razones para hablar elogiosamente de ese aventurero, pero yo sigo conceptuándolo un elemento perturbador.

Sonrió Rosalie.

—¿Qué es eso de un elemento perturbador? No entiendo, madre.

—Es tu inexperiencia, Rosalie—dijo doctoralmente la "gran dama" de Beaufort—. Fíjate, por ejemplo, en el pastor Fisher. Cuando se presenta nos proporciona a todos la sensación, de que la vida es sencilla, agradable y digna. Es un elemento apaciguador de los temperamentos. En cambio, en esta ciudad pacífica, bastó que apareciera Rock Gambler para que todo se viniera boca abajo. Propinó

una severa paliza al pobre negro. Escipión, rompió las mandíbulas de Jim Cordy y los dos gemelos Trimbball, y al señor Clayton le administró la más brutal de las palizas, dejándolo conmocionado y al borde de la muerte.

—Ten presente, madre, que con Escipión se trataba de un combate de pugilismo, y si Escipión hubiera vencido, seguramente Rock Gambler estaría enterrado. Cordy y los dos gemelos son dos pistoleros, y en cuánto, a Clayton, pues sus razones tendrían para pelearse,

—Pareces defender a Gambler, hija. Y no debes hacerlo, porque ese aventurero es... detestable. Basta sólo observar como mira a las mujeres. Tiene un modo de hacerlo que parece que las... que les quita ropa. No te sonrojes, Dan Carter. Estoy enfadada y no vigilo mis palabras. Pero sois ya mayorcitos. Insisto en que Rock Gambler es un elemento perturbador, perverso y maligno.

—Con usted, señora, fue, siempre irreprochablemente cortés.

—¿También tú le defiendes? Eso sí que es gracioso. Andad, andad, seguid charlando. No entendéis de maldades.

—Rock Gambler, y excúseme la libertad, señora, no es malo, Yo lo garantizo.

Helen Ryan miró con curiosidad a su futuro yerno.

—¡Caramba, Dan! Acabas de decir que garantizas a un tahúr, un pendenciero, un... incalificable... En, fin, espero que nunca volveremos, a ver a ese fullero.

Callóse Dan Carter. Sentíase molesto de ver que la mujer por quien Gambler había decidido, ser el Halcón, odiaba al propio benefactor que, con su suplantación le impedía saber el trágico fin de Michael Ryan.

Pero revelarlo era revelar, la muerte del verdadero Halcón...

Reanudaron los dos jóvenes su charla y poco después Lil traía los refrescos. Terminaban de tomarlos cuando en la puerta de la morada, dos caballos se detuvieron.

Los jinetes eran Theodor Clayton y Broderick Crawford. El hacendado, corpulento y barbudo; era ducho en el arte de ostentar una falsa campechanía risueña.

El juez de paz, alto y con gafas, era un buen hombre; que alucinado por la dote de la fea Agnés Clayton, iba a casarse con ella en próxima fecha.

Por el instante, seguía por todas partes fielmente a Clayton. Este, no era para los de Beaufort, un “caballero”. Era un afortunado comerciante que logró enriquecerse con préstamos y especulaciones.

Renqueaba aún y se apoyaba en su bastón al andar a pie, como resultado visible todavía de su pelea con Rock Gambler.

Vino a besar la mano de Helen Ryan y saludó a los dos jóvenes con un movimiento de mano paternal.

—En su busca venía, capitán Carter. Un asunto de suma importancia y que nos incumbe, desafortunadamente a todos los propietarios. A usted también, Helen.

Dan Carter profesaba escasa simpatía por el usurero enriquecido. Y le pareció que la espléndida mañana se ensombrecía como si un cuervo agorero proyectase la sombra de sus negras alas.

—¿Noticias de la guerra?

—En parte, sí. Broderick ha recibido el boletín de información militar que se remite a las autoridades. Lee, Broderick.

Calóse las gafas el juez de paz, y empezó a leer:

—“Después de la gloriosa batalla del Bull Run, en la que las fuerzas del general Jason Blake, nuestro general Bonaparte, infringieron severa derrota a los ejércitos yanquis, reina el desconcierto en Washington.”

“Se habla de retirar al viejo y achacoso general Scott, para sustituirlo por el joven Mac Clellan, concediéndole la categoría de teniente general con el título de comandante en jefe de las tropas del Norte”.

“Han empezado a reorganizar su ejército, tarea laboriosa, pues han de crearlo, todo de nuevo, y tardarán meses en disciplinar al ejército. Según últimas informaciones, están estudiando un proyecto de ofensiva en que la misión principal la desempeñaría el ejército que se reúne en Washington, mientras otros cuerpos verificarán algunas diversiones para distraer a nuestras fuerzas.”

“Estas diversiones serán en número de cinco, a saber: una en el cabo Hatteras al mando del general Burnside, otra en Nueva Orleans con Blutler, otra en el río Misisipí con Halleck, otra en el Tennessee con Bueil, y la última tratando de llegar a las proximidades de Savannah, al mando de Shermann”...

—¿Se da cuenta, capitán Carter?— interrumpió Clayton. —Cerca de Savannah puede ser en nuestras proximidades, Conviene, pues, que sus fuerzas estén preparadas y...

—Lo están, Clayton. No se preocupe usted por ello. Por de pronto, en este boletín se habla de un provecto, que ojalá fuera ya realidad. Nuestros jinetes están ya deseosos de entablar contacto con los yanquis. Por otra parte, me atengo al parte privado, recibido del cuartel del general Jason Blake en el que se hace referencia a este proyecto, y en el que el propio general, aunque estima, que es posible piensen realizar este proyecto, estima que es diseminar mucho las fuerzas, y quizás convendrán en suprimir alguna de estas operaciones, para aumentar, con ello el ejército principal y tratar de dar la batalla en camino de Washington a Richmond que es donde debe, resolverse el triunfo. No obstante, estamos preparados,

—Me tranquiliza el saberlo— sonrió dolorosamente Clayton,

porque su mandíbula recién cicatrizada, le aguijoneaba aún.

—Pero ahora pasaremos al asunto más peligroso, y en el que estamos por igual interesados, Helen. Se trata de los negros.

—Supongo no creerá en la patraña de que ellos piensan rebelarse, ayudando a los yanquis. Ellos están muy bien con nosotros... Aunque, usted, pecó a veces de excesivamente duro con ellos, Clayton.

—Son perros a los que con la pitanza hay que darles látigo, Helena.

—Con justicia.

—El caso es que ha reaparecido la Venus de Ébano—dijo Clayton en voz baja, y con expresión temerosa.

—¿El “vudú”? No... En Beaufort no hay ningún negro tan descontento como para suscitar ésas prácticas levantiscas de rebelión y supersticiosa maldad.

—Esta noche... junto al surtidor de mi jardín... han depositado una Venus de Ébano—dijo Clayton solemnemente.

—La Venus de Ébano no volvió a reaparecer desde la primera rebelión allá en el año 1763—dijo Dan Carter.

—Y ya saben lo que sucedió. Una orgia de sangre, incendios, saqueos, crueldades... Porque sus negros amados, Helen, cuando se encrespan, son fieras insaciables. .

—Yo respondo de cuantos tengo en mi casa—dijo Helen secamente.

—Yo también—afirmó Dan Carter

—No pueden asegurarlo tan fácilmente. Basta que un brujo, alguien de quien ellos, tengan secreta confianza, alguien azuzado por las promesas yanquis, fomente el culto a la Venus de Ébano, para que el día menos pensado, estalle otra rebelión, y Beaufort se convierta en una inmensa hoguera.

—Está usted torpe, Clayton—reprochó severamente Carter. — Parece como si pretendiera asustar a las señoras...

—No es tal mi intención, Créanlo. Soy hombre ya maduro y desgraciadamente experto en las amarguras que las ingratitudes deparan. Vigilen... Yo me limito a decirles que la Venus de Ébano ha reaparecido...

Callóse el hacendado, porque por la alameda, picando las ancas de un caballo percherón, con una varita de fresno, una negra voluminosa bamboleábase desparramada en toda su anchura sobre las ancas. Era Bienemay el ama de llaves de Dan Carter,

—¡Amito! Buenos días, “missus” Helen. Muy buenos días, nena Rosalie —y la negra al detener su caballo junto a la balaustrada hizo expreso una pausa mirando a Clayton y al Juez sin saludarlos.

—¿Qué sucede, Bienemay? — preguntó Helen.

—Vengo en busca del capitancito. Lo siento, nena Rosalie. Te lo quito, pero te lo llevarás al altar para siempre, cuando...

—No habrás venido con tanta prisa, para decir sandeces, negra impertinente gruño Dan Carter.

—Véngase mi amito. A casa. Hay sorpresa. Pronto. Vámonos amito.

Excusóse Dan Carter, y poco después a caballo, colocóse junto a su ama de llaves, a la cual le toleraba muchas familiaridades.

Bienemay, jovial y rolliza; qué a sus cincuenta años, de los cuales treinta y siete habían transcurrido al servicio de los Carter, manifestaba un progresivo aumento de su natural predisposición a continuar creyéndose la nodriza del que para ella era siempre el “amito”, cuyos pañales constituyeron la tarea más agradable de toda su existencia.

Huérfano tempranamente, Dan Carter se acostumbró a Bienemay, la antillana española que llegó de Cuba con la abuela Carter, como dueña de su hogar.

Los ricitos blancos que semejaban copos de algodón en la redonda cabeza eran la principal coquetería de Bienemay. Le producía una risa sonora que sacudía todas sus carnes el oír las bromas que Dan Carter dedicaba a los lazos multicolores con que sujetaba aquéllos.

Pero en aquellos momentos no estaba Dan Carter de humor para bromas.

—Ahora podrás explicarme a qué viene esta cabalgata, negra impertinente. No saludaste a los señores Clayton y Crawford.

—No me gustan.

—Son blancos importantes y les debes respeto.

—Yo sólo respeto a los que saben ser amos, y ellos no saben. Pero no he venido a discutir con usted, amito, ¡No, que no! He venido a cantarle las verdades. Si usted es un disoluto señorito blanco depravado y deshonesto, yo...

Enrojeció iracundo Dan Carter:

—¿Te has vuelto loca, negra del demonio? Aunque me doubles la edad y hayas sido mi nodriza, te voy a descuartizar si continuas tildándome de cosas que nunca he sido ni seré.

—¡Oh, qué bien! ¿Descuartizarme a mí, señorito Carter? Faltaría más. Debería darle vergüenza decirlo tan siquiera...

—¡Pezuñas y rabos!—exclamó Dan Carter. —¿Qué te traes en el cerebro estúpido de negra bruja?

—Yo no. Usted sí, amito. Hay en nuestra casa una señora.

—¿Una señora?

—No se haga el inocente, Es una señora muy bonita, rubia, y de piel muy blanca... Pero el negro Escipión que ha estado en Savannah, la vio entrar esta mañana poco después que tú te fuiste, y me ha dicho que esta señora es la llamada Sally, que es dueña de una casa de baile y bebidas de Savannah. ¿Es eso bonito para un joven prometido con la

nená Rosalie?

—¿Y qué... qué viene a hacer Sally en mi casa?—preguntó estupefacto el joven capitán.

—¡Eso digo yo! ¡Eso pregunto yo! ¿Qué viene a hacer Sally en nuestra casa?

—¿Se lo preguntaste?

—No quiso decírmelo. Parece muy asustada, como si la persiguieran, o acabara de pasar por muy malos momentos. Quería verte, quiere hablar contigo. Dice que es cuestión de vida o muerte. No sabía yo que tuvieras esas amistades, capitán Carter...

—¡Calla ya, Bienemay! Bien sabes que yo sólo conozco y quiero a Rosalie... Pero a lo mejor, la señorita Sally, necesita mis servicios de capitán de Milicias.

—¿De qué la conoces?

—Cuando estuve en Savannah con el Coronel Lloyd, estuve en su establecimiento. No debes hablar mal de ella, porque en Savannah dicen que pese a su comercio, es respetable y nadie, ningún hombre, puede jactarse de haber merecido de ella atenciones impropias de... Bueno, es una señora, ¿sabes? Y cuando hable ahora con ella, no estés escuchando.

—¡Oh, que no! ¡Oh, que no! Yo escucho, porqué su madre de usted, bien que me dijo; “Bienemay, tú eres ya la única madre de mi hijo. Vela por él, y aparta de su camino los peligros y tentaciones, o té maldeciré desde el cielo si no consigues que él sea un caballero”.

—Mi madre está en el cielo y desde allí nadie maldice, negra deslenguada. ¿Qué tiempo hace que ella está en casa?

—Pronto hará una hora. Vino en carretela desde Savannah. Yo escucharé lo que viene a decirte con cara tan asustada. Ya lo sabes, señorito Dan. Yo escucharé.

—Bueno... Tarde es para enmendar tu mala educación, ¡pezuñas y rabos! ¿Qué he hecho yo para cargar con un ama de llaves tan entrometida y malvada?

Rio alegremente Bienemay sacudiendo la cabeza, donde los ricitos con sus lazos, bailotearon grotescamente.

—Tú me quieres mucho, capitancito.

—Empalagosa, como tus pasteles. Mil veces te he dicho que soy un hombre muy crecido para que me estés poniendo diminutivos, gorda coqueta. Esos lacitos malva no lo llevabas, ayer.

—Me los ha regalado Escipión...

—Ah, ah... Boda tenemos a vista.

—¡Ju juy!—rio Bienemay retorciéndose a risoteadas como si la cosquillearan.

—Dime ¿qué hay de la Venus de Ébano?

Púsose instantáneamente seria Bienemay ante la brusca pregunta

que a propósito le había lanzado Dan Carter.

Besóse el pulgar y: el índice en cruz, diciendo con voz solemne:

—Haiga el cielo que nunca oigas hablar de ella, ni de sus ritos, señorito Carter. Era mala, muy mala... Enloquecía a los hombres tanto blancos como negros. Les arrastraba a todos los crímenes.

—Murió en 1768, ¿no?

—Pero dejó hijas, cuyas hijas, otras procrearon, y cualquiera de ellas puede vivir. El cielo nos libre de la Venus de Ébano, señorito Dan Carter.- No hable de ello ni como chanza. Nunca, nunca...

Quedó convencido el capitán de que, Bienemay nada sabía de la “reaparición” de la Venus de Ébano.

Poco después ambos desmontaban, en el jardín de la pequeña propiedad residencia del único Carter de Beaufort.



...empezaba a sentir verdadera curiosidad para saber...

CAPITULO II

EL Elemento Perturbador

Nora Blondel, más conocida por Sally, en Savannah, unía a su perfección física, una real honestidad íntima pese a que extrañas circunstancias, habíanla convertido en la dueña del establecimiento de baile, más lujoso y popular de Savannah.

Desde el día en que conoció a Rock Gambler, toda su ambición cifrábase en casarse con él, convencida de que ella lograría convertir al apuesto y exasperante aventurero en un marido ejemplar.

Basábase para ello no sólo en la manifiesta ternura que inspiraba a Gambler, sino también en su experiencia que le dictaba la sabia máxima de que el marino, ahído de navegar aspira al tranquilo puerto de refugio perenne, libre de tormentas.

Rescatada del poder del indio Cheyenne Warin Squaker, después de penalidades y trágicas horas, estaba ahora aguardando el regreso de la negra que había salido hace escasos minutos en busca del capitán Carter.

En la carreta conducida por ella misma, había llegado una hora después del amanecer.

Empezaba a impacientarse, y sus paseos eran cada vez más nerviosos a lo largo del ancho salón...

Por fin, creyó oír unos pasos acercándose. Se asomó al vestíbulo y al no ver a nadie, pensó que su ansiedad le hacía oír ruidos inexistentes.

Sentóse en un sillón y la largada por la reciente aventura, la larga excursión, durmiese. La despertó una tos; suplicante.

Dan Carter había visto varias veces a Norah Blondel. Nunca había parecido otra cosa que una “sirena” peligrosa...

No obstante, inclinóse para besar la diestra, en la que en pie, sorprendida, agradeció el gesto de espontanea galantería.

—Buenos días, señora. Excúseme, si no estuve presente para recibirla. Según me dice mi ama de llaves, corre usted un peligro. Es mi deber, como hombre y como autoridad, ofrecerle mi ayuda y hospitalidad.

—Costumbre y caballerosidad sudista que agradezco tanto más, cuanto que en el norte viví. En realidad soy una intrusa.

—¿Desea usted algún refrigerio? ¿Ha desayunado usted?

—No tengo sed ni apetito, capitán. Sé lo agradezco.

—Si quiere usted descansar, inmediatamente, le acompañará a una

habitación Bienemay, el ama de llaves, que está en la antesala.

—Me conmueve su amabilidad capitán, y la soltura con la que usted me hace creer que soy una invitada bien recibida y esperada, cuando realmente no soy más que una intrusa, que irrumpe desordenadamente en su formal existencia.

—Sí acudió con la seguridad de encontrar ayuda, es porque así es.

—Se trata de algo... muy especial. Vine porque, he vivido unos días de intenso pánico, y estoy aún bajo esos efectos. Para mí en Savannah no había seguridad.

Dan Carter escuchaba atentamente, y empezaba a sentir verdadera curiosidad para saber los motivos que habían inducido a la “bella de Savannah” a buscar protección en su casa.

Pero tenía como todos los caballeros meridionales, el prurito de demostrar que eran prodigios de galante; discreción.

—Me envía Rock Gambler— añadió Norah.

La mención del nombre del que suplantaba al Halcón, hizo sobresaltar al joven capitán, y Norah Blondel sonrió algo cohibida:

—¿Acaso usted, y Rock son, enemigos? Rock no tiene amigos, porque su carácter es duro y agresivo, y aparentemente es un perverso cínico. Es mi prometido. Nos casaremos... Y yo le aseguro que Rock no es malo. No crea que lo defienda porque le amo...

—No se esfuerce en defender a míster Gambler. No nos une precisamente amistad, ya que usted misma reconoce que él no acepta amistades pero si ha de tranquilizarla el saberlo tiene mi palabra de que doblemente me agrada poderle ser útil, por ser, una dama en peligro y por ser la prometida de Rock Gambler.

—Gracias. Su viril sencillez sinceramente me conforta. Procuraré explicarle con coherencia los hechos que han motivado mi huida de Savannah. Allí, hace más de un mes, fingió Rock... su propia muerte. Precisamente porque dadas sus enemistades temía por mí. Y lo que temía sucedió. Sus enemigos se enteraron de su superchería, y entonces varios de ellos, planearon mi rapto, creyendo que al enterarse Rock, acudiera desde donde estuviese para intentar liberarme. Así fue, y Rock me salvó... Pero yo no quería continuar en Savannah, al menos hasta que el no resolviera... sus diferencias con los que empleándome como señuelo, pretendieron hacerme daño. Y él fue quien me sugirió la solución de buscar albergue mientras en su casa, capitán.

—Sugerencia que me honra, porque demuestra que pese a todo, Rock Gambler, sabe que puede contar conmigo,

—Él no ha de tardar en venir... Hasta me extraña qué no haya llegado, porque yo viajé en carretela conduciéndola yo misma, mientras él, que tan solo tenía que esperar a solventar un asunto al amanecer, vendrá al galope. Y ahora, ahora sí que quisiera dormir en

una cama de las de verdad, de esas blandas, donde no oiga gritos de cheyenne, ni vea danzas, de “scalp” al resplandor de la luna... Estoy fatigada, y lo siento... pero creo que voy a desmayarme...

Tuvo apenas tiempo Dan Carter de avanzar los brazos, y entre ellos cayó sin sentido, agotada su resistencia física y nerviosa la “bella de Savannah”

Bienemay acudió corriendo con toda la agilidad que le permitían sus abundantes carnes.

—Torpe es mi amito—reprochó— que no comprende que no debía estar atormentando con conversación a esta señorita. Deje, deje... La llevaré yo a la alcoba azul... Yo vigilaré su sueño, y la calmare. La pobre debe haber pasado trances de pesadilla... Déjeme, capitán Carter, usted, a sus caballos y a sus discursos de soldadesca, que yo me pinto sola para desnudar y atender a la señorita. Sería inconveniente que usted viniera.

Al marcharse la negra llevando en vilo y sin dificultad a la desmayada Norah, Dan Carter no tuvo tiempo de abandonarse a meditaciones, porque surgiendo de la salita vecina, entró en el salón, Rock Gambler.

—Ha estado usted magnífico, capitán Carter. Toda la proverbial caballerosidad, hospitalidad, galantería, cortesía y demás zarandajas que ennoblecen a los del Sur, se han dado cita en sus labios, para dar una cordial bienvenida a mi adorada. Un espectáculo, altamente conmovedor, que he oído con gran satisfacción.

—Buenos días, Gambler. Supongo que en vez de actuar como la generalidad de los mortales bien educados, habrá usted entrado por alguna ventana, y escuchado con su habitual indiscreción.

—Hace instantes que llegué. Antes de que usted y su nodriza vinieran. Me es grato tomar nota de cómo se comporta un caballero del Sur ante casos como este,

—Ya lo sabe usted. Bastaba que Miss Blondel fuera una mujer, para tener segura hospitalidad y el trato que merece toda dama. Está usted en su casa, Gambler. Tome posesión de un sillón, y si no le resulta indiscreto, explíqueme lo sucedido. Hasta ahora, Beaufort era un remanso de paz, pero me temo, que no durará.

La sonrisa sardónica de Gambler no exasperaba ya al joven pecoso.

—Algo le anticipó Blondie... La llamo así porque Sally, Norah, Miss Blondel y la “bella de Savannah” son apelativos al alcance de cualquier lechuguino. Un cheyenne perseguido, refugiado en los montes del Álamo, raptó a Blondie. Estuvo martirizándola, sin tocarla, con torturas mentales, durante cuatro días.

—Supongo que el cheyenne habrá hallado su justo castigo.

—Me quede con su cabellera. Nunca había arrancado cabellos... Produce una impresión satisfactoria.

Dan Carter hizo una mueca de desagrado.

—En los indios puede producirles esta satisfacción, ya que son salvajes. Aunque... en el caso presente no discuto que estuvo bien empleada la ley del Tali3n.

—El cheyenne no era el principal culpable. Le ofrecieron dinero, un caballo y un rifle para su ayuda.

—¿Qui3n era el autor moral de esa canallada?

—El jefe rural de Savanah cerr3 los 3idos y los ojos, cuando los tres instrumentos que compraron la complicidad de Sqnaker, el cheyenne, fueron a contarle su plan. Esta madrugada he tenido el placer de dejar a Jeremy Dupont Bloke en manos de un segundo, que lo conducía a la cárcel, pero será linchado, aunque antes lo emplumarán.

—¿Y los tres instrumentos?

—El propio Sqnaker, inducido por mí, los at3 a postes de tortura y les arranc3 el cuero cabelludo. Un corte limpio con el filo del hacha; se cogen los bordes de...

—Oiga, me lo contar3 otro día. ¿Qui3nes eran?

—Eran los dos gemelos Trimball y el capataz Jim Cordy.

—Pero... ¿si son gente al servicio de Theodor Clayton!

—Estaban a su servicio. El autor moral y principal del rapto de Blondie es el caballero del Sur llamado Clayton.

—¿Ni es del Sur ni es caballero! Es un comerciante enriquecido. Pero me resisto a creer que Theodor Clayton emplear3 un ardid tan canallesco.

—Creo que no me tiene simpatía.

—¿Le odia! Usted le dio la paliza más brutal que pueda un hombre administrar. Pero... ¿por qué emple3 3l una artimaña tan impropia de hombres como lo es la de mezclar a damas poniéndolas en peligros y trances crueles? Eso es inconcebible.

—Para usted, sí.

—¿Y... viene a ajustar cuentas con Clayton?

—¿Usted qué opina?

—Indudablemente el calificativo de “elemento perturbador”, le encaja a las mil maravillas, Gambler. Por donde va, se respira ambiente de pólvora.

—La culpa la tiene la guerra. Exacerba los instintos sanguinarios. Lo cierto, es que hasta ultimar este asunto, deseo tener la seguridad de que Blondie no pagar3 los platos rotos.

—En mi casa est3 libre de todo peligro.

—Usted es un hombre soltero.

—¿Oiga! hágame el favor de no hacer gala de su maldita intemperancia de lenguaje. Me parece el colmo de la maldad el insinuar siquiera.

—¿Por qué se acalora? Yo me he limitado a hacer constar que siendo usted un hombre soltero y con novia, Rosalie Ryan puede sentirse celosa. No olvide que alberga usted en su casa a la mujer más bella no ya de Savannah, sino del continente.

—La compadezco. No soy mujer, pero estimo que ser su novia debe ser la peor de las enfermedades...

—Usted me aprecia, Carter. Ella también. Ella porque sabe que cuándo quiero a alguien, es de veras. Y usted, porque sabe un secreto, que nadie más comparte. Veamos, si entre los tres, resolvemos una cuestión de orden moral. A ratos soy intensamente moral. Opino que Blondie no debe volver más a Savannah, y mucho menos reinar como dueña de un establecimiento donde entran individuos como yo.

—Totalmente de acuerdo. Ya que usted va a casarse con Miss Blondel, lo menos que debe procurarle es un hogar.

—Beaufort es idílico, respetable y señorial. ¿No hay alguna casita era venta?

—Usted con sus chanchullos debe tener atesorados bastantes dólares. Hay una casa en venta, una magnífica propiedad,

Y Dan Carter esbozó una sonrisa para añadir:

—El Halcón al dar justiciera muerte al traidor coronel Frank Lloyd dejó libre de dueño la rica plantación. Está en subasta. Este mediodía pujarán por su adquisición, y llega usted en buen momento si quiere hacer un buen negocio. Los del Sur escaseamos de dinero...

—Iré a la subasta. ¿Acudirá Clayton?

—Indudablemente. Él es el único en Beaufort que tiene suficientes reservas para comprar la plantación del coronel Lloyd. Pero... si no posee usted pruebas claras de la culpabilidad de Clayton, recaerá sobre usted cualquier agresión que lleve a cabo contra el hacendado de Beaufort. Lo lamento, pero su fama, Gambler, no es nada límpida. Podría sucederle que lo acusaran de vender armamento al Norte.

—También lo vendo al Sur. Y esas dos barajas son comerciales.

—Clayton intentará perjudicarlo. Es posible, que a esas horas esté ya enterado de lo sucedido en los Montes del Álamo.

—Eso espero y deseo. Quiero para Theodor Clayton los mismos sudores de agonía que pasó Blondie.

—¿Acaso se cree usted un semidiós? Un plomo abate al mejor de los luchadores y al más tramposo de los aventureros.

—No si se llama Rock Gambler.

—Árboles más altos he visto caer... Y usted no debe caer, porque... ya sabe usted... El Halcón debe sobrevivir.

—A propósito de este bandidillo generoso cuya sola mención hace babear a negros y blancos... Si alguna vez usted tuviera noticias de que Rock Gambler ha muerto... pero de veras... ¿No ha pensado usted, en cuál sería su deber?

—¿Mi deber?

—Es usted de entendederas muy obtusas, joven zanahoria.

—No todo el inundo puede poseer su inteligencia preclara.

—Lo comprendo. Por eso mismo voy a ayudarle. Al parecer ese bandolerillo caballeroso injerta nueva vida al corazón de una madre. Muerto, el halcón, poca vida le quedaría a quien usted sabe. Por, lo tanto, deduzca.

—Comprendo. Mi palabra de honor que si el caso sucediera, yo sabría, lograr que de norte a sur, la fama del halcón continuara pregonándose.

—Bien... Entonces, ahora iré a visitar Beaufort. Me enteraré de los últimos comadreo, y cuanto oiga referente a la subasta. Díganle a Blondie cuándo despierte, que estoy atareado en busca de la casita de la colina.

—Oiga, La plantación de Lloyd no está en una colina...

—Es usted un caso de asno tonto incurable. ¿No sabe usted, que entre enamorados, el hogar es siempre diminuto, entre nubes y fuera de toda realidad? ¿Qué diablos le contará usted a “Myosotis”? Ya le visitaré cuando Theodor Clayton haya sudado mil agonías.

CAPITULO III

Marcus Danton

Theodor Clayton tras beber el refresco, extendióse confortablemente en la mecedora, abanicándose con fruición. Veíase camino de lograr no ya un enriquecimiento considerable, sino un cargo remunerador y dotado de autoridad.

Los de Beaufort le tolerarían, despreciándole íntimamente por considerarle un “mercader”. Aparentemente, Clayton soportaba con estoica campechanía, su íntima humillación.

Ante él, encima de una mesita, una figura de Ébano, recortábase, Era la estatua de una mujer de raza negra... La temida imagen de la “Venus de Ébano”, que simbolizaba rebelión, saqueos, incendios, exterminio de raza blanca.

Y no obstante, Theodor Clayton mirando la figurilla de Ébano, sonreía alegremente. Aquel idolillo iba a ser indicio de su carrera de prohombre.

Levantóse para ir abrir la única puerta que daba entrada a aquella salita posterior, donde sólo él tenía libre acceso. La misma servidumbre sabía que en aquel “despachó” del hacendado, nadie debía entrar.

Desde el umbral, Theodor Clayton hizo un ademán: un corpulento negro que aguardaba en el corredor, avanza con empaque y arrogancia.

Marcus Danton era un bello ejemplar de africano: Su faz ostentaba un achatamiento peculiar, que al decir de los demás esclavos, le confería un prognatismo de “rey” y elegido.

Era hombre de unos treinta años, fuerte y amante; de vestir elegantemente. Pero debía contentarse con sus ropas de plantador...

—Pasa, Marcus; invitó Clayton amablemente.

Cerró la puerta tras el negro, y volvió a sentarse en la mecedora. En pie ante, su dueño, Marcus Denton miró con cierto temor a la figurilla de encima la mesa.

—La Venus de Ébano, Marcus. La que ha aparecido esta noche en mis jardines, tal corno he explicado a La señora Ryan, y, al capitán Carter. Les percibí asustados... e incrédulos.

—Suscitar el enojo de la Venus de Ébano, es levantar olas gigantescas en el mar calmoso, amo—dijo el negro coa voz contenida, como si temiera ser oído.

—Eres Marcus Danton. Tus padres te pusieron nombre de

emperador romano, y apellido del que fue el hombre bueno y genial de la Revolución. - Tienes cultura, Marcus, y no eres un negro iletrado. Los otros esclavos te veneran. Pero ¿de qué te sirve la veneración de los otros que como tú son esclavos? Tu destino es reinar, Marcus Danton. Pero reinar vistiendo no salvajes ropas, sino vestidos de blanco. Tú puedes ser y serás el primer hombre negro que pueda elevar su voz, en el Congreso. Tú puedes ser y serás el defensor de las libertades de la raza negra. Tú puedes ser y serás el abogado de la nueva causa. El tribuno que proclame a los cuatro vientos del globo que en Beaufort, y gracias a la generosidad de Theodor Clayton empezaste la tarea que convirtió a los esclavos negros en seres libres, con igualdad de derechos. ¡Serás el Dalton de la raza negra!

Los ojos del negro habían ido animándose en expresión a medida que hablaba el sagaz hacendado. Alzó una mano, con gesto tribunicio.

—Si este derecho concedes a la raza negra, amo, derecho tienes que darme ahora para poder hablarte con claridad.

—Lo tienes.

—Pero tengo que olvidar por unos instantes que eres mi amo.

—Olvidalo

—Anoche obedecí ciegamente cuando me ordenaste depositar esta estatua en los jardines junto al surtidor. No comprendí porque al parecer deseabas atraer el maleficio de la rebelión. Me prometiste lo que acabas de repetirme. Que yo sería el rey de los negros libres. Un rey cómo los blancos, que hablan en el Congreso, representando distritos, y que pueden llegar por elección de los demás, a ser presidentes de la Nación.

—Así será, Marcus Danton.

—Te rogué que olvidaras que ere mi amo, porque mi sencilla claridad puede resultarte dura.

—Habla sin temor, Marcus. Si te hecho mi confidente en esta gran epopeya de la liberación de tu raza, es porque te considero capacitado para tal confianza. Habla, Marcus, que digas lo que digas, yo te oiré ya como al futuro tribuno de la raza negra libre de trabas y miedos.

—Tres grandes amos había en Beaufort. Uno de ellos era el coronel Frank Lloyd que la muerte halló a manos del Halcón. “Missus” Helen es la dama que es venerada por todos. Tú eres el tercer amo, pero los negros no te quieren. Te temen.

—Ese es un sentimiento que debe perderse. Y tú lo lograrás, cuando la raza negra encuentre quien la represente en plan de igualdad ante la raza mía.

—Pero según tú desees, quieres que yo suscite los rituales del “vudú”.

—Sí, porque tú solo puedes reunir a tu alrededor a los demás, y

conducirlos a la liberación de Beaufort. Esta ciudad ha de ser la que pase a la historia, porque de ella arrancará el impulso que os liberará.

—Suscitar el “vudú”, e invocar la Venus de Ébano, es encender una tea que pronto se convertirá en incendio, asolador, corriendo las llamas por los demás pueblos. ¿Quién detendrá el arroyo impetuoso de los sumisos desencadenados?

—Atiéndeme, bien, Marcus. El que fue emperador y el que siglos más tarde fue, tribuno orador, no pudieron detenerse a pensar en los estragos que podían causar la propagación de sus ideales. ¿No fustiga tu mente el contemplar a tus hermanos oprimidos?

—Sólo se consideran oprimidos los que en tu casa están que los que sirven a “Missus Helen” en el paraíso encuentran.

Rió bonachonamente Theodor Clayton.

—“Missus” Helen es un caso excepcional Marcus. Los demás, propietarios son todos como yo. Recuerda al coronel Lloyd, Pero yo he recibido instrucciones de mis hermanos de raza del norte, los que luchan por la abolición de la esclavitud. Dicen que si los negros se rebelan, evitarán muchos desastres, acortando la duración de una guerra fratricida. ¿Comprendes toda la verdad contenida en este deseo humanitario de los yanquis?

—A veces una pequeña hoguera, si puede apagarse, causa menos daños que un voraz incendio. Comprendo la terquedad de tus razonamientos. ¿Qué debo hacer?

—Propaga la semilla de la rebeldía entre los que te creen. Háblales como ellos pueden entender. Diles que no se pretende daño, qué no es acto de malvados, sino todo lo contrario. Debes convencerles, porque en ello va la felicidad futura de todos vosotros. Y ahora quiero hablarte de hombre a hombre, Marcus Danton. Empieza tú mismo por olvidar tu condición de esclavo. Eres ya independiente, y el premio es maravilloso. Tú hablarás en el Congreso como representante de tu raza, y yo seré el paladín del Sur en este triunfal resurgir que convertirá vuestra raza de oprimida en libre.

—El “vudú” y la Venus de Ébano puedo suscitarlos... pero luego, no puedo prometerte detener el torrente si triunfamos aquí en Beaufort.

—Tú serás el portador de la, antorcha. Tu raza te aclamará en sus canciones y en este siglo de luces y progreso, tu nombre será, escrito con letras de oro en el monumento que en Washington perpetúe la epopeya que nació en Beaufort.

—Haleluyah — dijo solemnemente Marcus Danton. —Dispuesto estoy a encender el fuego de la rebelión. Pero mis hermanos de raza son supersticiosos. Querrán que la Venus de Ébano les hable, que la nieta de la gran heroína de la primera rebelión fracasada sea la que acompañe con su voz la sinceridad de mis palabras.

—¿Quién en Beaufort conoce a la nieta de la Venus de Ébano?

—Nadie.

—Entonces...

—Chagrin, la solitaria bruja del bosque, es mi alma gemela. Comparte mis pensamientos. Yo puedo conseguir que ella consienta en ser mi portavoz. Todos la temen... Ella hablará, si se lo pido.

—Hazlo. Dicen que es hermosa y joven.

—Pero salvaje y hosca para todos los seres blancos.

—Si yo muero, tú morirás. Así hablé a mis hermanos del Norte.

—Chagrin no hará más que lo que yo quiera. ¿Puedo,irme ya en su busca?

—Esta misma noche ha de oírse el lejano tambor del “vudú”. Pero recuerda que debe ser tambor viajero. Porque él capitán Carter al oírlo, pondrá en movimiento sus caballistas.

—No darán con el “vudú”. Me despido amo.

Levantóse Theodor Clayton que tendió la diestra.

—Soy Clayton para ti, Marcus. Estrecha mi mano en pacto de alianza. Eres ya el hombre que conduce los destinos de tu raza.

Y al marcharse Marcus Danton alta la cabeza, hinchado el pecho atlético, quedóse Theodor Clayton acariciando la estatuilla.

—Un trozo de Ébano esculpido, y tíos negros inteligentes. Con simplemente estos ingredientes, estás forjando los cimientos de tu fortuna y de tu celebridad, Theodor Clayton.

CAPITULO IV

La Subasta

William Bendix, el hombre del norte al servicio de Clayton, que tenía a su cuidado el entretenimiento de la jauría de perros y sabuesos que en más de una ocasión habían servido para acosar a negros fugados, entró precipitadamente a las once de la mañana en la morada de Clayton, pidiendo con urgencia ser recibido por el hacendado.

Lo encontró cambiándose el vendaje de la pierna magullada por la corta pelea sostenida con Rock Gambler.

—¿Qué ocurre, Bendix? No vendrá, supongo, a comunicarme que esta noche ha aparecido en mi jardín la condenada figurilla de Ébano, porque esto ya me ha quitado bastante el sueño.

William Bendix arrugó el rostro brutal y caído.

—Peor, jefe.

—Nada puede ser peor que esta amenaza de un levantamiento,

—Acabo de ver en la plaza de la subasta, al hombre de la sonrisa ácida como un limón y los puños de hierro.

—¿Eh? ¡Imposible! y olvidóse repentinamente Clayton de su pierna. —¿Hablas acaso de ese maldito Gambler?

—El mismo, jefe.

—Pero... si yo envié a Cordy y los Timball para que terminaran con él en Savannah. Estaba tendido el lazo en forma que no podía escaparse el más fullero de los tahúres. Tú has visto mal, Bendix.

—Fue el propio juez Crawford quien me avisó, mandándome a advertirle.

—¡Tus perros! ¡No cierres un ojo! Tú me respondes que no aparecerá por aquí ese canalla. Mil dólares, Bendix, si me traes la noticia de que en su primera incursión a estos terrenos. Rock Gambler ha muerto.

—Es un hombre solo, jefe. Yo puedo ir... provocarle, y disparar primero... por dos mil dólares.

—¡No! Te gana en rapidez y mala intención... Tú te quedas aquí vigilando la puerta de mi despacho, con tus perros. ¡Hazlo ya!

—¿Tanto temor?...

—¡Calla! ¡Obedece! Tú no te has visto frente a este demonio malvado, sanguinario y sin alma.

William Bendix tocó el ala del sombrero, y salió... Poco después los gruñidos de tres perros al ser obligados a echarse ante la puerta, tras de que se había encerrado Clayton tranquilizaron a éste.

Un miedo abyecto se había apoderado del usurero. La venida de Rock Gambler era para él, síntoma de próximo peligro; y un peligro suspendido como una espada de Damocles, cuya caída no podía prever.

Y febrilmente aguardó que regresara Marcus Danton. La estatuilla de Ébano sería depositada ante el umbral donde se alojase Rock Gambler.

La primera víctima de los sacrificios del “vudú” sería el propio “Dandy Pólvora”, apelativo con el que los negros conocían al aventurero que había logrado vencer a puños desnudos al ciclópeo Escipión.

* * *

Broderick Crawford, juez de paz de Beaufort, subió al estrado erigido como mesa de subasta, cansinamente.

Era un puro trámite. Nadie pujaría más que lo que ofreciera el experto Brisbane, llamado especialmente para acudir al acto público, y ofrecer en nombre de Clayton la máxima cantidad, estipulada en ciento veinte mil dólares por la propiedad del difunto Lloyd.

Broderick Crawford se ajustó las gafas, con gesto maquinal. La plaza estaba aún desierta. Sólo había los banquillos que contendrían a los curiosos desocupados...

La propiedad de Lloyd tasada al primer golpe de martillo en setenta mil dólares, no sería discutida por nadie de Beaufort, y extraño sería qué acudieran hacendados de otros pueblos, después de que había cundido ya el rumor de que la Venus de Ébano había aparecido.

Aquello significaba un hervor de rebeldía... Suspiró Crawford, quitándose las gafas, que innecesariamente, frotó con un gran pañuelo de hierbas.

No se las había, colocado cuando ante el estrado, vino a detenerse un individuo de recia complexión que por su altura, daba impresión de esbelta fortaleza.

La sonrisa de Rock Gambler era “ácida como, un limón” cuando saludó:

—Espléndido día, juez Crawford, para las gentes de conciencia tranquila como yo y usted.

Ajustóse Crawford las gafas con rápido gesto nervioso. Parecía como si de pronto el soleado día hubiera sido surcado por una ráfaga de electricidad atmosférica.

Miró incrédulamente al que acababa de saludarle.

—Usted no me resulta demasiado indigesto, juez Crawford. Se lo aseguro. Tengo gran predilección por la fauna, y ya sabe qué le considero una liebre aplastada por el temor a su suegro. No me corte el discurso... Estamos aún solos y vengo a hacerle un buen

ofrecimiento. Pronto acudirá gente, y habrá oídos impertinentes. He acudido a una fuente de informes muy fidedigna. Corre el rumor de que nadie subirá por encima de la oferta que haga un tal Brisbane. Hay pánico por la Venus de Ébano y también es excesivamente respetable la cantidad que se pide por la plantación de Lloyd.



A elegir, querido señor.

Ya Broderick Crawford estaba recuperándose. Estiró sus puños de camisa.

—Le aconsejo que no pretenda intimidarme, Gambler.

—No me dedico a la caza menor, juez Crawford. Además, soy muy respetuoso con las autoridades.

—Si ha venido, usted con intención de formar alborotos improcedentes, le comunico anticipadamente que no estoy dispuesto a tolerarlo. Yo represento la ley.

—Y yo el respetuoso acatador de leyes y jueces. Parece incrédulo o al menos escéptico, juez Crawford. Yo quiero convencerle de dos cosas...

—No quiero oírle más. Elija entre sentarse allá como corresponde a los que acudan a la subasta... o marcharse de Beaufort. Elija.

El gesto doble y simultáneo de Rock Gambler hizo pestañear al digno juez.

En la mano zurda del aventurero brillaba la larga pistola, y en su diestra un dólar de oro mostrábase al extremo del índice y pulgar.

—A usted le toca decidir. A elegir, querido señor. La ley del dólar dorado y legal, o el doble orificio encima de sus gafas de dos plomos. No es amenaza; es una advertencia legal.

Hizo saltar en su ayuda; la pistola que presentaba boca arriba en la palma.

—Nadie nos oye, juez Crawford. Guardaremos el secreto. Si Brisbane puja por encima de los cien mil dólares que voy a ofrecer por la plantación de Lloyd, me sentiré tan indignado ante el hecho de que la mesa de subasta la ocupe un yerno dócil que me olvidaré de las pacíficas intenciones en las que le deseo muchos años de salud. No me diga que mi procedimiento parece, arbitrario. Me impulsa un nobilísimo sentimiento. Tengo que buscar un hogar digno de mi futura esposa, y cien mil dólares es cuanto poseo. No se apiade de mí, sino tan sólo tenga compasión de los enamorados. Ya sabe usted por experiencia qué el hombre, en aguda crisis de debilidad amorosa, es un embrión de criminal vesánico, si pretenden oponerle trabas en su senda. Y si esas trabas se amparan tras un martillo de subasta empuñado por un juez que hasta hoy no ha tenido nada que reprocharse, entonces el incipiente criminal puede convertirse en un energúmeno. ¿Tengo su palabra de que su esposa no quiere ser viuda en la fecha de hoy?

—Repudio con todas las fuerzas de mi conciencia, sus procedimientos coactivos y propios de un forajido.

—Un forajido en ciernes, juez Crawford. Usted debe velar por el orden. Compadezca al delincuente y odie al delito.

—Su seguridad al amenazar es... inverosímil. Puedo... puedo

denunciarle...

—¿De qué? Si tal hiciera sería su última y primera imprudencia. Tengo dos mangas anchas y si sacara a relucir la obediencia con la que acata las órdenes de su suegro, malparada quedaría la balanza de la Justicia.

Broderick Crawford cruzó los brazos.

—Actuaré según me dicte mi hombría, caballero.

—Ha citado dos cualidades inexistentes. Me ha tildado de caballero y ha hablado usted de hombría. No sea ingenuo, juez Crawford. Yo siempre apuesto al caballo seguro y está galopando invisible un corcel peludo que lleva por bocado un sudario. Y le oigo relinchar avisando a los que entendemos ese lenguaje, de que huele a muerto. Huele a muerto, si cuando yo ofrezca cien mil billetes grandes, usted no grita entusiasmado: “¡Adjudicado!” Si Brisbane dice la fatídica palabra: “¡Y uno más!”... habrá un cadáver más esperando sepelio. ¿Qué después me ahorcarán? Cabe en lo posible, si me dejo rodear el cuello, Conque, medite y sea sensato. Me voy disciplinadamente a este banco cerca del estrado. Le veo bien... y usted me ve. Hasta después, juez Crawford, en que le daré un pagaré de cien mil, o le incrustaré dos plomos candentes en los sesos.

Las espaldas de Rock Gambler fueron contempladas con extravío por Broderick Crawford, que, no muy valiente de por sí, tenía continuamente en el pensamiento la frase de Theodor Clayton: “Mejor quisiera verme arruinado, qué frente a frente con el loco pistolero que se complació en demostrarme que para él nada es respetable”.

Sentóse Gambler en el primer banco y dedicó desde allí un ademán amistoso al juez.

Fueron poco a poco llegando los ociosos, que asistían por mero aburrimiento. Cuando llegó un individuo de cara de hurón y vistoso bastón de puño de plata con el que se daba frecuentes toques al cuello alto de celuloide, Broderick Crawford había ya meditado su mentiría, después de meditar en la posibilidad de abandonar el estrado, idea que abandonó porque tenía la completa sensación de que sus pies estaban adheridos al suelo de madera. Louis Brisbane se acercó al estrado.

—Muy buenos días, juez Crawford. No tema-que se me haya olvidado. A la salida, pujaré de diez mil...

—Hay una... variedad, Brisbane. El señor Clayton ha modificado su pensamiento. No le interesa la propiedad si como hay, barruntos, alguien ofrece cien mil dólares. Bajo ningún concepto sobrepasará esta cifra ni en un dólar. ¡Júrelo!

—¡Diantres, qué calor pone usted en algo tan sin importancia! Por mí ya está hecho. De todas formas, me pertenece la comisión de quinientos dólares, se quede o no Clayton con la propiedad.

—¡Jure que no ofrecerá ni un dólar más de cien mil!

—Jurado queda, si tanto le importa, juez Crawford. Pero no creo que nadie sobrepase mis noventa mil... Bien. Los noventa mil de Clayton.

Serenose ya Crawford, aunque luego tendría que soportar los reproches de su suegro. Pero prefería oír malsonantes palabras como ser de carne y hueso y no a oír lamentaciones sobre la tumba de un juez asesinado estúpida e inexorablemente en un estrado de subasta.

Los ojos de Gambler no se apartaban de su rostro. Los bancos posteriores iban llenándose y a las doce en punto, abatió Broderick Crawford el pequeño martillo con vigor desesperado.

—Proclamo abierta la subasta de los bienes inmuebles pertenecientes al difunto coronel Lloyd, tasados en salida no inferior a ochenta mil. Es mi deber declarar abierta la pública oferta

Y al caer por segunda vez el martillo, la voz de Brisbane sentado cerca de Gambler, anunció, con experta entonación seca:

—¡Ochenta mil y uno!

—¡Ochenta mil y cien! — ofreció Gambler.

—¡Doscientos! — exclamó Brisbane, deslizando una ojeada extrañada al que para él era un desconocido.

—¡Y trescientos!

—¡Ochenta y cinco mil!

—¡Noventa mil!

Para el juez Crawford había algo de dantesco en el enunciado de las cantidades. Estaba ya deseoso de oír la oferta: “Cien mil” aunque odiaba la voz que debía pronunciarlo.

—¡Noventa y ocho mil!—anunció Gambler, tras la continua oferta de Brisbane.

Con un suspiro elocuente y casi por formulismo, Brisbane pronunció la frase: ¡Noventa y nueve mil!

Alzaba ya Crawford el martillo ansioso de oír el término de la subasta, cuando -algo inesperado hizo que su su diestra temblara el pequeño mazo y un estupor de pánico distendiera su boca; dilatando sus pupilas. Una voz femenina, de suave cadencia, pero con enérgica exclamación acababa de gritar:

—¡Ciento cinco mil!

Brisbane, ante la oferta que brotaba tres bancos a espaldas suyas, volvióse intrigado. Hasta entonces, sólo él y el desconocido de la sonrisa mordaz, habían subastado.

Ahora era una mujer menuda, de rostro agradablemente encantador, la que, en pie, repetía su primera y fuerte cantidad.

Rock Gambler no se volvió. La voz era la de Helen Ryan, la madre del verdadero “Halcón”...

Pasó por sus labios una crispación de ironía melancólica. Le

resultaba paradójico que la mujer; que besaba llorando las cartas que él escribía, fuera ahora su rival inesperado.

Y no quiso volverse, porque le bastaba el sonido de la voz, para comprender que había desafío en aquella intervención de Helen Ryan.

—¡Ciento diez mil!—exclamó y, a la vez, efectuó con ambas manos, un gesto apaciguador hacia el juez que le miraba desorbitado, con súplica en los ojos agrandados por las gafas y el pánico.

—¡Ciento veinte mil! — anunció, enérgica, Helen Ryan.

Alzó Gambler los dos brazos:

—Abandono, juez Crawfórd. Mis fondos de resistencia se han agotado. Y usted ha cumplido y está cumpliendo con su deber de virtuoso del martillo.

La diestra de Crawfórd repiqueteó tres veces nerviosamente sobrenla mesa.

—¡Adjudicado a la señora Ryan por la cifra tope en pública oferta de ciento veinte mil dólares!

Quedóse sentado Rock Gambler, mientras iban desalojándose los bancos. Íntimamente una lucha se desarrollaba en confusa mezcla de sentimientos.

Por una parte, reconocía que hubiese deseado que Helen Ryan olvidara su rencor... Y, por otra, pretendía argüir cínicamente, que el que anda en sensibleras y caballerosas aventuras, sólo recibe como pago, sinsabores...

El juez Crawfórd reunió toda su serenidad, para ante el hombre silenciosamente sentado, aclarar:

—Toda fue legal, Gambler

—De acuerdo con la ley y con usted, juez Crawford. Puede irse. Proyecta usted una sombra nefasta sobre mi cabeza.

Alejóse rápidamente el juez de paz y juntó Gambler las dos manos, cuyos nudillos crujieron, al oírse interpelar:

—Cualidad de quien pretende ser buen jugador, es saber perder, señor.

Helen Ryan, atractiva estampa, bajo el sombreado de un quitasol multicolor, de copa reducida, sonreía con pueril satisfacción.

Rock Gambler púsose en pie lentamente. Quitóse el sombrero:

—Agradezco que baya tenido usted la gentileza de reconocerme, señora. Tengo mala memoria, pero creo recordar que su última frase de despedida, manifestaba la intención de olvidar la existencia del qué ahora tiene él gran honor de ser distinguido con la particular atención de la “gran dama” de Beaufort.

—Si he de serle sincera, le encuentro algo alicaído. Imita usted el estilo de los caballeros del Sur... pero no reluce su sarcasmo. Casi diríase que mi oferta superior a lo que usted podía dar, le ha enojado. Sin embargo, siempre presumió en los escasos momentos de su

anterior estancia en Beaufort, de ser un jugador avezado a todas las incidencias de todos los juegos.

Rock Gambler cubriose y su diestra hurgo un instante bajo la manga, para reaparecer mostrando un dólar de oro, que lentamente fue subiendo y bajando desde su pulgar actuando de suave catapulta.

—Este gesto ya empieza a hacerle más reconocible, Gambler,

—¿Puede decirme si usted había pensado en adquirir la finca de Lloyd por ciento veinte mil?

—No. No tenía el menor deseo de ello... Pasé por curiosidad. Oí su voz y el elemento perturbador que su presencia causa, me inspiró la gratísima idea de procurar contrariarlo. Y, a la vez, le he proporcionado la ocasión de evitarse una molesta humillación.

—¿Cuál?

—Si pensaba usted convertirse en propietario, no debió elegir la ciudad de Beaufort.

—¿Por qué?

—Hay un límite... La propiedad que quedó vacante por un acto justiciero de cierto bandolero romántico, no puede ser adquirida por quien es... la imagen viva de todo lo contrario al espíritu sudista y al espíritu del bandolero al que aludo.

Rock Gambler rio con espontánea carcajada humorística.

—¿He dicho alguna tontería que le causa hilaridad?

—Es usted toda una dama y, sin embargo, está comportándose como una caprichosa deseosa de provocar a un duelo verbal. Desde que pronunció la cifra que superaba en cinco mil mi oferta, usted no ha hecho más que decir tonterías.

Helen Ryan sonrió, pero sus ojos brillaban de enfado contenido.

—Nada de cuanto pueda decir, me molestará. Usted se jacta de que ningún ser humano, es sincero. Yo le doy pruebas de que lo soy.

—Pero es infantil su postura, dama de la sombrilla. Cuando la conocí me esforcé en ser cortés. Lo logré y usted lo interpretó como una burla. Ahora he venido a Beaufort, pensando que tendría el gran placer de no verla ni oírla... y usted, como una jaca nerviosa y alocada, viene a retozar como si estuviera anhelante de oír brutalidades.

—¡Lo que quiero es convencerme de que, pese a cuanto puedan decirme, usted es un aventurero que no puede ser tolerado como ciudadano de mi pueblo natal!

—A veces soy algo tardo en comprender. Me causa la impresión de que no le soy grato.

—Hombres como usted tienen sus escenarios en ciudades turbulentas. Pero no en Beaufort, donde los códigos del honor y la decencia tienen su pabellón continuamente en alto.

—Adorablemente ridícula, gran dama, Y hago constar que debido

al hecho de que no hay ningún caballero con armadura y rosa en el pecho, que sea paladín defensor de cuanto dice, no puedo dejarme llevar por las frases que se acumulan en mi garganta.

—Quizá me merezco cuantas ofensas quiera anunciarme verbalmente. Pero no puedo evitarle detestarme, como detesto a cuanto considero dañino y venenoso.

—Dos son las razones por las que irrazonablemente una mujer detesta a un hombre. Una de ellas es porque le hizo personalmente algún daño... ¿Es este el caso?

—No. Usted personalmente a mí me ha tratado siempre con la más insultante cortesía porque es ficticia.

—Entonces, apartada ésta razón, queda tan sólo otra. Y es tan graciosa, que le van a saltar, las lágrimas cuando la oiga.

—Yo quiero demostrarle que en su propio terreno también sé luchar. Diga por qué supone que es incontenible mi enemistad contra usted.

—Usted está enamorada locamente de mí.

Helen Ryan retrocedió como si hubiera recibido un golpe. Contemplaba cómo a un fantasma, al que, sonriente, la miraba...

—Repito, por si lo oyó mal... Usted está locamente prendida en mis múltiples y recios encantos.

Un temblor nervioso sacudió los hombros de Helen Ryan, que esforzóse en dar a su voz una entonación normal:

—Ha sabido hallar la injuria más ofensiva que imaginarse pueda. Le felicito, Rock Gambler. La sola idea de que usted pueda pensarse que yo... ¡yo enamorada de usted!... me quitará el sueño...

—Lo celebro infinitamente y ojalá se convierta usted en sonámbula por todo lo que le queda de vida. Vaya reponiéndose y respirando con holgura, mientras le expongo una poesía sin versos, rústica y pastoral. En un campo lleno de flores, apareció un día un cardo. Todos los pastores se apartaban del cardo. Pero una de ellas, juvenil y honesta, percibió que siempre que ella pasaba despreciativa ante el cardo, la espinosa flor inclinaba el tallo, y mostraba su corola abierta. La pastora no quiso mirar la flor y vio tan sólo los espinos... y se pinchó en ellos.

—Si no fuera porque se iba usted a enorgullecer de ello, creo que lloraría de furor... por su maldita inconveniencia.

—Ya le advertí qué se le iban a saltar las lágrimas. ¿Continuamos pinchándonos? Lo pregunto porque ahí se acerca el caballero, sudista capitán Dan Carter.

Volvióse ella bruscamente riendo con mueca forzada.

—Hola, Dan. Llegas oportunamente...

—Vine, señora, porque...

—Me lo explicarás luego, Dan, Ahora quiero qué escuches lo más

gracioso que habrás oído en tu vida.

—Creo, señora, que usted no se está divirtiendo — dijo, ingenuamente el pecosito oficial.

—Acertó, capitán—intervino Gambler—. No me di cuenta que soplase un viento de locura, pero la señora Ryan quiso hacerme patente esta perturbación atmosférica, con palabras muy escasas de sentido común.

Dan Carter, sin saber por qué, pensó en la expresión: “Hallarse entre la espada y la pared”.

—¿Qué supone que este... caballero ha tenido la ocurrencia de decirme? No te intrigaré... Lo único que te exijo, bajo palabra de honor, es que tú no le retarás porque no se merece que tú, un hombre decente, arriesgues la vida.

—No correrá la sangre porque yo no gusto de duelos, señora. Y lo mismo puedo explicarle a nuestro impaciente oyente lo que ha sucedido. Afirmino, sostengo y mantengo... que el pueril rencor que me manifiesta la gran dama de Beaufort, que nos encanta con su presencia, se debe simplemente a enojo porque está enamorada de mí y yo no me he dignado considerarla como posible Julieta.

Dan Carter cerró los ojos, como si estuviera deglutiendo el más amargo de los manjares.

Pero no tuvo necesidad de protestar porque la voz de Helen Ryan gorjeó unas carcajadas ascendentes que se quebraron en brusco grito:

—¡Imbécil! Esto es lo que es usted. ¡Un imbécil fatuo y presuntuoso! ¡Le desprecio! Me voy, Dan. En casa te espero, y recuerda que Rosalie no será tu esposa si retas a ese destroza-corazones. Hasta luego, Dan.

Con paso menudo y acelerado, alejóse Helen Ryan. Dan Carter elevó los hombros, mirando furioso a Rock Gambler.

—Ha hallado la peor ofensa que...

—Cierre el pico, zanahoria. Usted qué está en el secreto, puede comprender que todo tiene un límite. He sido un muro para todos, pero presenté una resquebrajadura el malhadado día en que se me ocurrió entermecerme ante unas cartas, manchadas de sangre. No aspiré a que Helen Ryan llorara agradecida mojando mis solapas, pero tampoco esperé, que viniera a provocarme. Ella por reto, me quitó la posibilidad de ser propietario honesto y sudista... y no contenta con eso, vino a sacarme de mis casillas.

—Pero... —y Dan Carter mostró su evidente perplejidad—. ¿Cree usted que Helen... está enamorada de usted?

—Me basta con saber que tal insinuación era lo mejor que podía sugerir para que la gran dama se marchase escaldada y me dejara en paz. Y cierre la espita, amigo sudista. Empiezo a tener empacho de usted, de ella, de todos los orgullosos pobladores del Sur... y del

mismo “Halcón”. Lo tengo ya atravesado...

—¡Oiga! Usted no puede desertar, usted es el más adecuado para dar larga vida al “Halcón”... Usted...

—¿Qué tal está mi sensata y dulce prometida?

—Duerme... Pero, ahora...

—Ahora estoy ansioso de perder de vista este pueblo de orgullosos necios. Liquidaré a Clayton, que para eso vine, y cuando oiga el martillo de los subastadores, creo que me reiré sin muchas ganas.

Dan Carter hizo un gesto indefinible, mezcla de súplica y desazón.

—Usted y Helen se me... antojan extraños... Le ruego que se sobreponga a su justo sufrimiento, al no ver recompensada la noble labor que calladamente realiza, y piense en las bendiciones que “El Halcón”...

—Ya. Y a mí que me parta un rayo... Tengo un corazoncito, zanahoria, y suspiro por la simpatía de Helen Ryan. ¿Me acompaña a su casa, o va a explicarle leyendas sudistas a la gran dama?

—Voy a verla a ella... No se amilane, Rock. Un día llegará en que, no sé cómo... Helen le pedirá perdón...

—Para que ella me pida perdón existe un obstáculo invencible. Debería saber que su hijo ha muerto y que yo le substituyo... Y eso no sucederá porque adivino ahora cuánta sabiduría contenía la máxima del filósofo que aseguraba que el placer de sacrificarse sembrando bienes deja una enorme satisfacción... a los imbéciles, fatuos y presuntuosos como yo. Y sentada esta gran verdad, voy a despertar a mi sensata Blondie, que no es una orgullosa estúpida gran dama.

Dan Carter quedóse pensativo. Y seguía pensativo cuando ataba las riendas de su caballo al poste de la escalinata que conducía a la terraza donde Helen Ryan y Rosalie estaban sentadas.

—No pongas esa cara de asustado y condolido, Dan. Ya le he contado a Rosalie el disparatado epílogo con el que Rock Gambler pretendió ofenderme. Y no estoy ya ofendida. Me río... ante tal estupidez... Me río porque nunca oí nada tan absurdo... Voy a empolvarme.

Y Helen Ryan marchóse algo apresuradamente. Rosalie colocó su mano en el antebrazo del capitán.

—¿Y si... y si fuera verdad que hay amor, Dan?

—¡Rabos y pezuñas!— y el pecoso joven dejóse caer en una mecedora, abanicándose rápidamente—. ¡Eso sería una complicación insospechada!

—Él... desde un principio la miraba con un respeto de adoración... una extraña mirada de hombre que mira a una imagen santa. O a un ideal... Y ella nunca manifestó, esa propensión a provocar réplicas insolentes... Y ha llorado.

—Esto es atroz, Rosalie. ¿No sé qué hacer ni qué decir. Porque,

además, yo tengo una noticia poco agradable... En la puerta del alojamiento donde, en caso de combate, reuniríamos en cuartel general a todos los hombres válidos de Beaufort, ha aparecido un muñeco de cera atravesado de alfileres. Cinco alfileres rojos, con hebras colgantes.

—El “vudú”...—murmuró ella, estremeciéndose.

—Sí. El “vudú”. Días aciagos nos esperan si no logro hallar la pista de la Venus de Ébano.

CAPITULO V

El “Vudú”

Marcus Danton ofrecía un aspecto estatuario, erguido sobre una roca que emergía de la floresta circundante.

No se movía, y sus brazos elevábanse como en muda plegaria o invocación, y alentaba una siniestra solemnidad en su figura inmóvil.

No se movió cuando crujieron unas ramas y apartáronse unos brezales, para dejar paso a una mujer esbelta, revestida de larga túnica roja, sin mangas.

Los negros brazos de la mujer eleváronse también al colocarse junto a Marcus Danton.

—Chagrin es feliz cuando tú me visitas —dijo, con voz grave y sonora—. Chagrin es bruja para los blancos, y desprecia a los cobardes negros que sirven a los blancos. Chagrin sólo piensa en ti, porque tú serás el que iluminará el sendero oscuro de los esclavos.

—Marcus es feliz al oírte, Chagrin, porque sólo tú puedes ser su compañera. El gran triunfo está cerca; si Chagrin ayuda al que va a encender la antorcha de la rebelión.

Chagrin sentóse sobre sus tacones, después que en la misma postura se agazapó Marcus Danton.

Explicó el negro las promesas de los hombres del Norte a Theodor Clayton. Presentó como esencial la personificación de la Venus de Ébano en Chagrin.

La hermosa y salvaje negra mostró los dientes en mueca feroz.

—Beaufort será la primera luz de nuestro despertar, Marcus. Tú, y yo daremos la señal del exterminio, exaltando a los que hasta hoy fueron siervos. Esta misma noche habrá “vudú” en el pantano de los nenúfares.

—Esta noche yo conduciré a los que me creen al “vudú”, en el que tú serás la Venus de Ébano.

* * *

Norah Blondel se desperezó felinamente, cuando en el umbral apareció Rock Gambler.

—Tengo hambre, Rock

—Eso es hablar sensatamente, dulzura. Tú sabes ya a lo que hemos, venido a este poblado de necios orgullosos. Esta noche liquidaré a Clayton, y, muerto el perro, muerta la rabia que te persigue. Después nos iremos a un lugar donde haya una colina y esté la casita prometida. Y ahora, para dar más solidez a nuestra sensata

personalidad, comeremos, ya que veo que tienes a tú lado una bandeja repleta de apetitosos bocados.

Fue tan sólo cuando la bandeja quedó libré de comestibles cuando Norah Blondel inquirió:

—¿Has oído hablar del “vudú”?

—¿Es un rizo postizo o un “polisson” faldero?

—Es la peor amenaza que puede presentarse en ciudades dónde los negros abundan.

—Como digestión no me vendrá mal un cuento de negros. ¿En qué consiste el “vudú”?

—Estaba intranquila, y no dormí más allá de dos horas. Buscándote, llegué hasta el rellano, y sorprendí al ama de llaves, la negra gruesa, que decía: “Sólo está una Señora durmiendo, y puedes hablar sin temor, Escipión”.

—Escipión es el gorila que se encerró entre cuatro cuerdas conmigo, pretendiendo matarme a puñetazos.

—Pues el gorila le dijo al ama de llaves: “Hace unos instantes, en la puerta de los establos de nuestros caballeros, han, dejado el muñeco de sangre. Hay. “vudú” en Beaufort. La negra gimió y lloró un rato, y el gorila parecía apenadísimo.

—Cantarán un par de lamentos, y se consolarán. En definitiva, y en pocas palabras, ¿qué significa “vudú”?

—Significa un terror sordo, tambores lejanos, preparaciones de matanzas, incendios, exterminio de todos los blancos del pueblo o ciudad en cuyas cercanías los negros practiquen el rito del “vudú”

—Bien, pues que repiquen los tambores y achicharren hasta el último bebé de Beaufort. Nosotros ya estaremos lejos cuando los del “vudú” hayan roto los parches de tambores repicando con sus cabezotas lanudas.

—Pero puede estallar cuando menos se piense. En la primera rebelión la Venus de Ébano, con sólo dos horas de “vudú”, excitó tanto el salvajismo dormido de los esclavos, que, antes de que llegaran fuerzas del ejército, habían incendiado ya cuatro poblados, sacrificando, en medio de grandes tormentos, a todos los blancos.

—Inconvenientes de emplear como trabajadores a descendientes de los pobladores del África. Yo, si tú fueras nieta de un caníbal, te querría igualmente por esposa, pero en mi testamento de día de boda especificaría que no me quejaría si en la luna de miel me comieras asado a la brocha...

—¿Por qué no nos vamos? Deja a Clayton. Partamos lejos. Tengo miedo, Rock. Un presentimiento—y abrazóse ella al cuello de su prometido— Será funesta tu estancia en Beaufort.

—Lo va a ser para Clayton.

—Tengo miedo, Rock.

—Lo dijiste antes. Eso no es más que consecuencia de la temporada veraniega de esparcimiento que pasaste junto a Warin Squaker.

—Eres jugador y crees en las rachas, Rock. Yo creo... que nos acecha el mal de ojo y que la tragedia se cierne sobre nuestras vidas.

—El olor a negros te ha trastornado, Blondie. Mañana, al amanecer, cuando trotemos lejos de aquí te darás cuenta que los presentimientos de jugador tienen sus fallos: Yo aposté por un presentimiento. Juré que no me casaría..., y ¿a qué comentar? Intenta dormir, mientras yo voy a fumar un cigarro de esos que son “vudú” con nuestro anfitrión. No me mires como si me vieras por última vez. Tus nervios están alterados, y ves visiones. Conmigo no pueden ni “vudús” ni Beauforts. Duerme, o té canto la nana, y sería vergonzoso.

* * *

Dan Carter tenía ante sí una caja de cigarros, dos copas y un fraseo de brandy.

—Le esperaba, Gambler. Tenemos que hablar seriamente. ¿Un cigarro? ¿Una copa?

—Vengan ambas cosas. Soy abstemio y encuentro absurdo echar humo, pero hay momentos en que se impone comportarse como los demás. Oiga: tiene usted un gran parecido con un perro que ha escondido un hueso y no recuerda dónde. Se sientan y ponen la misma cara que usted.

—De hombre a hombre... ¿Usted piensa casarse con Miss Blondel?

—Es una pregunta impropia de un caballero del Sur. Tiene la contundencia de un directo en plena nariz; ¿A usted, qué demonios le importan mis intimidades?

—¿Usted quiere de veras a Miss Blondel?

—Esto es un puntapié en la espinilla. ¿Usted quiere y piensa casarse con Rosalie Ryan

—Es la única mujer en mi vida, y es la única que será mi esposa, para siempre. No me guía intención de puritano anfitrión, ni, de curioso impertinente, Gambler. Usted tiene renombre de considerar al sexo femenino como si fueran componentes de una gran margarita. No es el hombre de un solo amor.

—Está usted algo idiotizado, joven milite. Detesto las conversaciones de este género, cuándo mi contertulio es un romántico de calibre pesado.

—Cartas sobre la mesa, Gambler.

—No me gusta jugar así. Es perder seguro.

—¿Usted quiere a... Helen Ryan?

La diestra de Gambler se crispó alrededor de la copa que sostenía.

—Pregúnteme otra. Su interrogatorio es amenísimo.

—No me confunda más. Tengo la impresión que en el rencor de

Helen hay oculto un sentimiento extraño, indefinible...

—Usted es un buen jinete, un gran tirador... y no pretenda cabalgar en sillas peligrosas ni dar en dianas imposibles. Si yo le dije a su futura mamá política que estaba enamorada de mí, era porque sabía que esto le iba a resultar extremadamente penoso.

—Pero es que... Rosalie mismo teme... En fin, Gambler, usted va a casarse con Miss Blondel, y se va de Beaufort pronto, ¿no es así?

—Es.

—Desaparecerá entonces ese desasosiego que me acomete ahora, desde que, no hace mucho, he visto los esfuerzos de Helen, siempre tan dueña de sí misma, pretendiendo aparentar reírse.

—Es humillación, maldito orgullo de gran señora idolatrada, por todos esos caballeretes del Sur, que se creen que Helen Ryan está en un altar. Pero mudemos la sobremesa. No me gusta ese tema.

—Tampoco me acaba usted de convencer. Está usted molesto, cosa muy rara en quien posee una frescura rayana en el témpano.

—He dicho que variemos de tema, querido anfitrión.

—Bien, pues entonces le hablaré del “vudú”.

—Ya me lo sé. Merendolas de negros, tambores, matanzas y jolgorios amenizados con fogatas.

—Usted desconoce la gravedad de la situación en Beaufort. Ha aparecido la Venus de Ébano...

—La Venus de Ébano, el “vudú” y Beaufort, incluyéndole a usted, me tienen completamente sin cuidado.

—No puede. Debe usted evitar un horrible suceso.

—¿Yo?

—Si el “vudú” acalora a los negros, será un mar incontenible el que asolará Beaufort. Morirán, las mujeres...

—¡Sálvese quien pueda! Las mujeres y los niños primero.

—No se puede bromear con el “vudú”. Es la selva rugiente, feroz, y cruel.

—Usted me está, asustando, mi capitán. Suponiendo que usted manda en hombres que sepan manejar rifles., ¿a qué aguarda para interrumpir el “vudú”?

—Inútiles serían nuestros esfuerzos. Deberíamos, empezar la lucha cuando estallara la rebelión., y entonces moriríamos luchando, sin poder salvar a los seres inocentes. Moriría Helen Ryan...

—¡Ojalá! Así me vería, yo libre de lo que aquí me encadena.

Señaló Gambler la copa de su sombrero, en cuyo forro estaba oculto el antifaz de “El Halcón”.

—Precisamente por esto no puede usted permitir que el “vudú” se realice. Cuándo los tambores, suenen, nadie podrá llegar a donde los negro se reúnan. Sólo una persona podría apaciguarlos, desenmascarando al negro rebelde y a la Venus de Ébano. Y esa

persona... sólo usted y yo sabemos quién es.

—Pida auxilio a fuerzas del ejército. Organice un regimiento, o meta a todos los negros entre, rejas.

—Todo sería en vano, no podemos, tal como están los tiempos, cometer la injusticia de encadenar a negros inocentes.

—Pues, entonces, cumpla con su deber, y hágase matar caballerosamente apagando el fuego que arrase a Beaufort.

—Sólo “El Halcón” podría llegar hasta el lugar donde suenen los tambores del “vudú” sin matarle. Le esperarían... porque hasta el más rebelde de los negros idolatra al “Halcón”.

—Yo vine a dejar tieso, a Clayton, y no a bailar danzas africanas.

—Usted se da cuenta que hablo con infinita gravedad, porque temo lo peor. No es ya Beaufort... Es todo el Sur el qué está en peligro. Si triunfan los rebeldes del “vudú” en Beaufort, la Venus de Ébano será ya la que esparcirá el reguero de fuego por todo el Sur.

—Yo soy del Este.

—Usted es un hombre que tiene a su alcance, usted sólo, el poder de remediar la peor de las tragedias.

—Ya duró bastante la sobremesa. Voy a sestear hasta él crepúsculo, y, cuando la noche convierta a todos en pardos, me iré a visitar a Theodor Clayton. No hable más, Carter. Hoy no es mi día. Hoy no estoy en lo más mínimo dispuesto, a sentirme sudista ni quijote. Allá se las compongan negros y sudistas. Cada uno se come el pan con su mantequilla.

Y Dan Carter empezó a pensar que la intervención de Helen Ryan en la subasta podía inconscientemente ser el motivo por el cual Rock Gambler manifestaba su total oposición a revivir en Beaufort otra hazaña más de “El Halcón”

CAPITULO VI

Skippy, el idolillo y el negro bíblico

El amor y la pena íntima se combinaban en el alma de Escipión, el hercúleo negro, cuando miraba a su hijo.

Skippy, un escuálido bobalicón, qué semejaba un junco rematado por una bola, tenía once años, pero su mente era escasamente la de un niño de siete.

Empezaba ya a anochecer, cuando Skippy, asiéndose al collar que rodeaba el pelaje abundante del cuello de un gran “airedale”, empezó a andar, suscitando ladridos en él perro, satisfecho de abandonar la reducida extensión de la casa habitada por Escipión y su hijo.

—No te alejes mucho, hijo—recomendó Escipión— La Biblia, con letra santa, pide, a los niños, cerrar los ojos cuando la noche reina.

—No me alejaré.

Pero el “airedale” era poderoso, y, acuciado por las risotadas del medio demente, recorrió mucho trecho.

Husmeando atravesó una empalizada, aguardando a que Skippy se deslizara bajo ella, y el negrito siguió al perro hasta que éste penetró en un establo.

Débilmente iluminado por una linterna, el establo mostróse desierto, aparte de cuatro caballos.

Skippy, viendo husmear al “airedale”, se aproximó al lugar en el que el perro olfateaba los remos, delanteros de un potro negro.

Levantó los brazos Skippy hasta tocar la estatuilla de Ébano, que se atravesaba entre la silla y el estribo.

El “airedale” gruñó sordamente, dirigiendo los belfos descubiertos hacia la puerta del establo. Pero intuitivamente comprendió que no estaba defendiendo su casa, sino que era un intruso.

Movió valerosamente la cola, y en sus ojillos inteligentes trató de condensar una súplica que permitiera, hacer adivinar al recién llegado que el hombrecillo negro era un inocente inofensivo.

Pero Skippy continuaba acariciando la estatuilla.

—¿Qué haces tú aquí, carboncillo?—inquirió Rock Gambler, apoyando la mano en el arzón.

Skippy miró hacia lo alto. Rio redondeando la gran boca...

—Tu eres el blanco pugilista que papá Escipión no pudo vencer. Te he conocido, ¿verdad?

Rock Gambler contempló la estatuilla sobre la que las manos, esqueléticas del negro se posaban.

—Vaya... ¿Qué obsequio es ése, carboncillo?

—Es la Venus de Ébano. ¿No lo sabías?

—¿La has traído tú?

—No. Yo la encontré aquí. Es la mujer mala de la Biblia que muerde la mano de los que le dan techo, trabajo y comida. Eso, lo dice papá Escipión. Todos los negros se ríen de mí, porque dicen que soy el eco de la voz de papá Escipión, pero él es mi protector. También algunos señores de piel blanca se ríen de mí... Uno dijo que yo era idiota, y cuando se lo conté a papá Escipión, él lloró, no sé por qué. ¿Tú no te ríes?

—No tengo el menor deseó, aunque me hicieras cosquillas.

—¿Tú sabes lo que es un idiota?

—Mírame y estás, viendo a uno.

—¡Ah! Entonces yo, cuando crezca, ¿puedo ser como tú?

—Mira, niño... Ya sólo me faltabas tú... ¿Y este perro es tuyo?

—Duerme conmigo y juega conmigo. Muerde a los que quieren pegarme...

Acarició Gambler la testa peluda del perro, y miró compasivamente al negrito, que reía bamboleando la cabezota.

—¿Tu padre no te ha llevado a algún médico blanco?

—Dice que si me llevara al médico blanco, me encerrarían.

—¿Quién trajo este idolillo aquí?

—No sé. Yo seguí a mi amigo que husmeó hasta aquí. Y entonces vi la estatuilla.

—Tú y yo somos casi amigos, ¿no, carboncillo?

—Bueno.

—¿Estás seguro de que no te dieron este idolillo para que, por juego y como obsequió, me lo colocarás en la silla de mi potro?

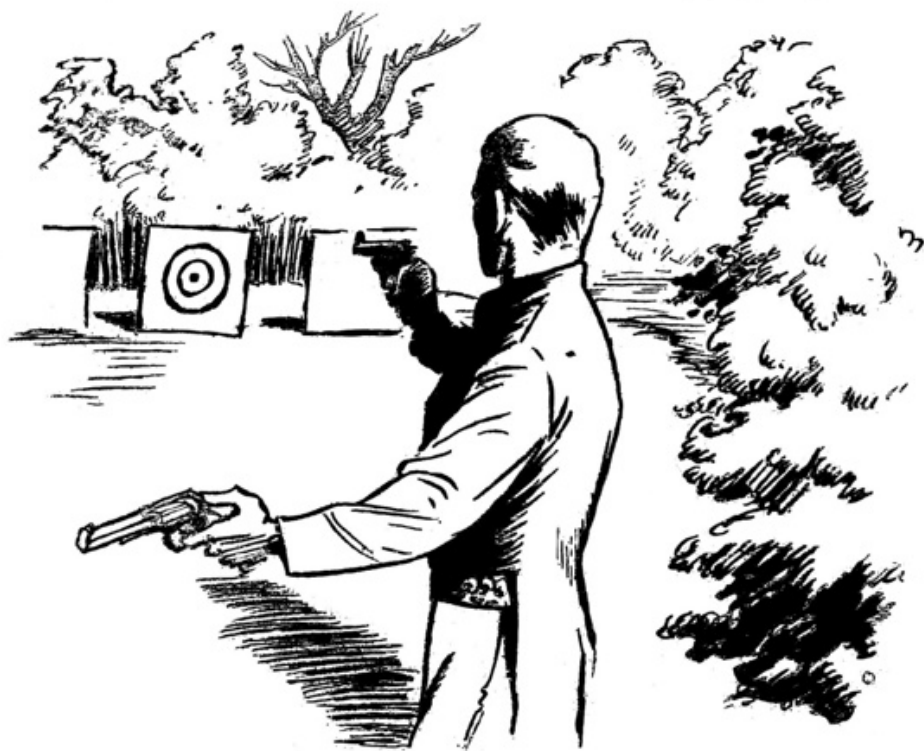
—No, no... Tengo muy seguro que no fue así. Cuando yo vine estaba ya la Venus de Ébano.

—¿Por qué me miras así ?

—Yo quisiera ser fuerte y sabio como papá Escipión: Pero si él no te pudo vencer, es porque tú eres más fuerte.

—No fue por fuerza, sino porque papa Escipión es un hombre bueno y luchó con lealtad. Yo pude ganarle porque empleé recursos de blanco astuto. Papá Escipión es tu padre, ¿no?

—Sí lo es. Y ahora me iré, señor blanco pugilista fuerte, papá Escipión puede empezar a estar inquieto.



Eran disparos simultáneos

—Adiós, carboncillo.

Arrastrado por el perro salió Skippy. Rock Gambler cogió la estatuilla, y, de pronto, su zurda, apoyada en la culata, saltó para encubrirse con el cercano tabique ante él cual estaba el pesebre.

Una atlética silueta negra estaba en el umbral del establo, Avanzó hasta que la linterna dio relieve a su figura.

Rock Gambler, al observar las manos desnudas de Escipión, salió de detrás del tabique.

—Tú eres el blanco que me dormiste con los puños—dijo Escipión, lentamente.

—Y tú el negro que, amenazado de horca, quisiste matarme a puñetazos. Ganó el más listo, y éste soy yo.

—Seguí a mi hijo. He oído como le hablabas a Skippy, blanco. Y dice la Biblia con letra santa, que el más endurecido pecador se redime si habla con amor a los animales y a los niños.

—Un sermón en un establo no me parece oportuno.

—Tu sonrisa es de hombre que en pocas cosas cree, Pero has hablado a mi hijo con piedad y con amor. Hay bondad en tu alma para los débiles. No te burlaste de Skippy.

—¿Conoces esto?—y mostró Gambler la estatuilla.

—Es la Venus de Ébano.

—Ya lo sé. ¿La trajiste tú?

—Yo soy un negro bueno, al servició de “Missus” Helen, que sólo bendiciones prodiga. Escupo contra el negro rebelde que vaya al “vudú”, y, como dice la Biblia con letra santa, quien a hierro mata y fuego enciende, a hierro muere y en llama eterna quemará.

—Si tú lees la sabiduría de los hombres buenos, puedes quizá saber quién es la Venus de Ébano.

—Yo no lo sé, que si lo supiera mi deber sería pisotear la alimaña. No puedo acudir al llamamiento de los tambores, porque los negros rebeldes, al oír mis recriminaciones, me matarían, y Skippy quedaría sin protección. Esta Venus de Ébano significa muerte próxima para ti, señor de los puños de hierro. Vete de Beaufort.

—Me iré... mañana al amanecer.

—La Venus de Ébano atravesada en tus sillares señal de muerte, cercana. Theodor Clayton recibió esta mañana una estatuilla. Pero está encerrado y los perros, le salvaguardan. Tú serás la primera víctima del “vudú” cuando suenen los tambores. Vete de Beaufort. Supiste, hablar cariñosamente a mi hijo.

—Eres un luchador leal... por eso te gané, Escipión. ¿No me guardas rencor?

—Dice la Biblia con letra santa que él que odia se consume en el pecado. Todos debemos perdonarnos. Adiós, señor de los puños de

hierro. Vete de Beaufort.

—Adiós, Escipión.

Ensilaba Gambler el potro, acortando los estribos cuando frunció el entrecejo, apartando la zurda de la culata.

—Quedamos en que para nada saldrías de la casa, Blondie.

—Tengo miedo, Rock. No vayas a ver a Clayton. Vámonos, de aquí.

—Hasta ahora no hay más que ambiente de miedo. La noche aumenta este absurdo sentimiento. Mañana al amanecer, estaremos lejos de aquí... Ahora vete a encerrarte, en tu alcoba.

—Ésa estatua...

—En trozo de madera negra y nada más. Una pequeña obra de arte. Como el premio al mejor tirador de arco. Escucha, Blondie; no ruedes las pupilas, porque entre los idolillos, el “vudú”, él negro bíblico y la serenata de tambores que todos esperan, empiezo a sentirme amostazado. Sube y aguárdame. Vendré a despertarte...

—No podré dormir.

—Cuéntate leyendas que no sepas. Pero vete ya, o perderé mi proverbial galantería.

Ella inició un movimiento de avance, pero retrocedió, y abatidos los brazos, abandonó el establo.

Montó Gambler, y, acariciando el cuello de “Brujo”, murmuró:

—Tú y yo vamos a acabar con el maleficio que pesa sobre Beaufort.

Y si bien, al salir del establo, el único pensamiento de Rock Gambler era intentar penetrar en la plantación de Theodor Clayton, otro impulso forcejeaba en su subconsciente.

Y fue plasmándose más claramente aquel impulso cuando, lejanos se oyeron acompasados redobles de tambor, que, monótonos en cadencia propagaban qué el “vudú” había empezado.

CAPITULO VII

La Venus de Ébano, Marcus Danton y el “Halcón”

Las sombras se movían por entre la frondosidad de la floresta. Seguían la orientación que iba marcando, precediéndoles, Marcus Danton.

Algunos de los negros llevaban hoces y guadañas, con las que apartaban malezas y lianas. El terreno iba declinando en ladera, y el suelo húmedo iba encharcándose.

Brilló untuosa y densa la superficie de un pantano rodeado de cañaverales, que tamizaban los rayos de luna.

Marcus Danton subió en lo alto de una piedra bordeando los cañaverales y allí, en solemne postura de invocación, aguardó a que cuantos le habían seguido fueran agrupándose a su alrededor.

—La noche del “vudú” va a empezar, hombres de mi raza. Seremos libres cuando los tambores que la Venus de Ébano ha preparado lancen sus redobles cantando el mensaje de guerra. Mi voz ya la habéis oído. Ahora, antes de que canten los tambores, la Venus de Ébano os hablará.

Los negros, aglomerados, fijaban sus blancas córneas en el pantano, que, a espaldas de Marcus Danton, se entreveía por los cañaverales.

Chagrin apareció, surgiendo de detrás la roca, para subir junto a Marcus Danton.

Un murmullo de asombro acogió su presencia.

—Yo soy Chagrin, la bruja de la floresta. Soy la que no quiso servir a los seres que os oprimen. Ellos me consideran una fiera dañina porque tengo el poder del mal de ojo y mis fetiches son bien recibidos por Toyaka el dios de la enemistad.

La bella y escultural etíope poseía toda la misteriosa fascinación de un ser instintivamente cruel y de salvaje independencia.

Hablaba con sonora delectación. Se sabía temida y a la vez anhelada por aquel grupo de negros que la escuchaban con fervor.

—Los blancos han hecho de vosotros un rebaño sumiso, y vosotros mismos habéis dado fuerzas al hombre débil, cuya sola reciedumbre está en que es rico y labora, con ayuda de máquinas y oro, en monedas. Pero la fuerza es nuestra y necesitan de vuestros brazos, que ignominiosamente, les prestáis por un puñado de tapioca y un lecho. Esta vergonzosa “claudicación” de la raza fuerte debe cesar.

Chagrin iba repitiendo, más o menos, el discurso, que Marcus Danton, impávido ahora junto a ella le había enseñado al mediodía.

—Yo, en mi soledad, y no contaminada con la esclavitud, he sido favorecida por nuestros dioses, los cuales me anunciaron, sucesivas noches, que se aproximaba la hora del “vudú” de rebelión. Yo, la que desciende por línea de pureza de la Venus de Ébano, invocaré a nuestros dioses para que la sangre de los blancos corra a raudales y con sus rojas huellas hable del paso de los aguerridos rebeldes, que han sacudido las cadenas de la esclavitud. Yo, la Venus de Ébano, quiero que los tambores enciendan la primera chispa, la del miedo en los corazones de los blancos. El “vudú” marcará su primera piedra de sacrificio con el corazón de un blanco. Ahora que los tambores redoblen, y después os hablará Marcus Danton, el rey elegido por nuestros dioses, en cuya frente he ungido yo cenizas de realeza.

Tres negros corrieron al lugar señalado por Chagrin. Regresaron portando sendos tambores,

Sentáronse, colocando entre sus piernas el tosco y redondo instrumento, cuyo tenso parche vegetal empezaron a palmejar suavemente.

Los otros permanecieron estáticos, hasta que los tambores fueron acelerando sus compases. Al convertirse en monótonos estampidos sucesivos los redobles, muchos hallábase ya bailando con frenéticas contorsiones.

Las reminiscencias selváticas volvían a resurgir en las mentes dormidas, evocando pasadas orgías de sangre.

Desde su posición, Marcus Danton presenciaba la danza inmóvil. Hizo una seña imperceptible, y Chagrin dió un grito.

Los tambores cesaron de redoblar. Los hombres abriéronse en círculo, y aun jadeantes y sudorosos, enlazáronse por el cuello, formando un ancho redondel.

Desde su roca, lanzóse en salto felino Chagrin que fue a caer en pie, en el centro del círculo de hombres.

—La media luna—pidió ella.

Uno de los negros tendió su hoz y Chagrin la alzó, y con las plantas de los pies, marcó, pisoteando, un compás de danza que suscitó en los tres tambores un eco de estampidos.

Aceleráronse los redobles cuanto más se enfebrecía la danza de la bella bruja. Los reunidos en círculo empezaron a marcar él compás, pisoteando en el sitio, sin alterar su enlazada postura circular.

Para aquellas mentes infantiles, con resabios de ascendencias salvajes, la danza expresaba muchas cosas que las palabras no lograban plasmar.

Expresaban el ardor de las llamas, los gritos de los empavorecidos, el brotar de la sangre, la orgía que reposaba el espíritu al conceder el

sueño después de la matanza.

Y habló repentinamente Marcus Danton, elevando su poderosa voz de barítono:

—La Venus de Ébano ha iniciado el “vudú” de independencia, hermanos de raza. Cesad en la danza, que debéis ahora conocer toda la profundidad y alcance de nuestra reunión.

Empleaba Marcus palabras escogidas, porque sabía que impresionaban a sus incultos oyentes.

Chagrin, con elástica agilidad, encaramóse a la roca en que sobre la plana superficie Marcus Danton trataba de imitar el ademán tribunicio de su homónimo, avanzando la mandíbula en prognatismo acentuado,

—El elegido por nuestros dioses os va a hablar—dijo Chagrin, revulsas aun las pupilas por el ardor con el que se había entregado a la danza en que la hoz segaba imaginarios cuellos.

—Él os dirá, porque es rey que ha leído todos los libros de los blancos, por qué las cabezas de la raza opresora deben caer como espigas, una tras otra. Él os dirá qué, unida su inteligencia, mis poderes, mágicos, y vuestra fuerza desencadenada, nada ni nadie detendrán la avalancha de la marcha triunfal que aplastará a la raza débil y enfermiza.

Marcus Danton percibió claramente que todos dos reunidos estaban ya bajo el influjo de la danza y del ronco sonido del tambor.

Brillaban los redondeles blancos de los ojos, con espectral albura, en los negros rostros.

—Esta noche ha empezado él “vudú” de la rebelión, hermanos. Los primeros ecos del tambor se han extendido ya por las plantaciones donde gimen, trabajando de sol a sol, los que nacieron para vivir libremente, bostezando, al sol sus digestiones y rascándose voluptuosamente como único trabajo. Pero la Venus de Ébano fue iluminada por los dioses, quienes la comunicaron el mensaje que yo interpreté. Nuestros dioses dicen, que no basta matar e incendiar, sino que nosotros somos los llamados a ocupar los sitios que ocupan los blancos y hacer de ellos nuestros esclavos. Fustigaremos las blancas espaldas, y ellos y ellas recogerán las cosechas y nos traerán la comida, y los refrescos. Todo eso le dijeron los dioses a la Venus de Ébano, pero yo... he de añadir el fruto de mis lecturas y...

Detúvose Marcus Danton y su cabeza proyectóse hacia adelante, como si intentara perforar las tinieblas, sólo rasgadas de trecho en trecho por los rayos lunares.

Desde su elevada posición podía ver todo el paisaje de la floresta circundante. Veía una sombra alta acercarse lentamente... y pudo percibir, como si una serpiente colgara de la diestra del enmascarado, que iba acercándose al lento pasó de su caballo.

Algunos de los negros volvieron la cabeza... La figura del jinete, aproximándose, tenía una majestuosa solemnidad...

—¡El caballero “Halcón”!—gritó uno de los negros.

—¡Hallelluyah! —salmodiaron otros.

—¡El caballero “Halcón”, defensor, de los negros, viene a presenciar el “vudú” de rebelión!

—¡Hallelluyah!

—Rock Gambler, cubiertos los negros cabellos por un pañuelo anudado a la nuca bajo el sombrero ancho, y ocultas sus ropas por el largo “macferlán” vuelto por su forro negro, detuvo el caballo en medio del círculo abierto por los que hasta entonces habían escuchado religiosamente al orador.

Algunos se prosternaron, otros besaron las botas del jinete... Y un coro de exclamaciones cantó alabanzas al legendario bandolero generoso.

—¡El juez de los blancos que martirizan a los negros!

—¡El caballero vencedor!

—¡“El Halcón” que aparece donde las injusticias lo reclaman!

El propio Marcus Danton no intentó discutir el “derecho” de “El Halcón” a interrumpir su discurso.

—Bienvenido eres, señor “Halcón”. Tu máscara de ave de presa, es tu salvaguardia. Tú sólo posees esta máscara, tú sólo eres el blanco que puede asistir al “vudú” de la rebelión.

Alzóse Gambler sobre los estribos levantando una mano abierta.

—Los tambores del “vudú” atrajeron los pasos de mi caballo.

—Todos te recibimos y acogernos con gran agrado y devoción, porque representas el espíritu liberal. Yo soy Marcus Danton —presentóse el negro.

Chagrin miraba con fijeza al enmascarado. Su semblante no denotaba, cordialidad.

—Yo soy Chagrin, la bruja de la floresta, la Venus de Ébano. Ningún blanco hubiera podido llegar hasta aquí...

—En son de paz y amor vengo, como siempre que visito a la raza noble africana dijo Gambler.

Modulaba su voz habitualmente incisiva, dándole tonalidades cantarinas que reproducían el acento meridional.

—¿Seguiste mis pasos?—preguntó amablemente Marcus Danton.

—No. Oí hablar del fetiche de alfileres anunciando el “vudú”, y esta noche al oír los tambores he acudido. Os pido que me consideréis uno más de vosotros, y quiero escuchar lo que tú, Marcus Danton, tengas que decirles a tus hermanos de raza.

—Dispuesto estoy a hablar con toda mi elocuencia para que el caballero Halcón sea testigo del renacer de la libertad en nuestra raza oprimida por la esclavitud.

Chagrin tendió el busto y su mano se proyectó hacia adelante.

—¿Por qué ese hombre de raza maldita ha de presenciar los ritos de hermandad? Es un blanco enmascarado. Su antifaz es de ave de presa. No debe escuchar lo que tú digas, Marcus,

—¡Es “El Halcón”!—gritaron los negros como si con su exclamación dijeran algo definitivo.

—Es “El Halcón”—repitió Marcus, —Defendió siempre, al negro tiranizado. Mató en valiente lucha al blanco que tiranizaba. Yo le doy buena acogida, y tú, Venus de Ébano, debes respetarle.

—Bien sabéis todos vosotros—dijo Gambler desde la silla—que mi látigo ha fustigado la injusticia. Que soy noble, caballero, y justicia administro según mi conciencia. Al oír el “vudú” he querido saber las razones que impulsan a mis hermanos de la noble raza africana.

—Dicen que eres un caballero del Sur —comentó recelosa Chagrin.

—Lo soy. Pero atiendo toda demanda razonable. Y no dudó que vosotros que os habéis reunido para oír las argumentaciones de Marcus Danton sabréis que él es hombre instruido, leal y valiente. Habla pues, Marcus, y que tus razones iluminen el entendimiento de tus hermanos y me instruyan a mí. En cuanto a ti, Venus de Ébano no me mires con enemistad. He venido como siempre en ayuda de mis amigos.

—¡“El Halcón” es nuestro protector! —clamó uno de los oyentes.

—Lo es—reconoció imparcialmente Marcus.

Pero Chagrin impulsada por su odio hacia la raza dominante, sentíase menoscabada en su influencia, por la aparición del jinete del antifaz enigmático, de estrechas rendijas oblicuas y aletas rematadas en dentadas alas.

El gesto soberbio de Marcus Danton la obligó a callar:

—Eres mujer, Venus de Ébano, y has vivido en la ignorancia de los sucesos que en la civilización ocurren. Eres nuestro ídolo en carne y hueso porque tienes contacto con los dioses, pero en la acción yo soy portavoz de tus mensajes y el caballero “Halcón” es amigo de nuestra raza. No tengas pues animosidad contra él.

Rock Gambler aunque indolentemente sentado en la silla, estaba dispuesto a la menor eventualidad. Le había impulsado su temerario afán aventurero, pero también conservaba como siempre la frialdad serena, que no le permitía confiarse ni en palabras ni en actitudes.

Sabía que los infantiles negros podían convertirse en crueles y sanguinarios, si descubrían la superchería o una abierta oposición les hacía sentirse humillados en su propósito de rebeldía.

El pantano, los cañaverales, las tensas figuras de ébano, la estatuaria amenaza de la venus negra, eran peligros que podían desencadenarse inesperadamente.

Marcus Danton cruzó los brazos y echó hacia atrás la leonina

cabeza.

—El suelo de los blancos está sacudido por los estampidos de los cañonazos y el retumbar de la tormenta bélica—empezó a decir pausadamente. —Dos bandos se han formado que luchan entre sí siendo de la misma raza. Nosotros estamos, en el Sur, porque pertenecemos a los ricos y orgullosos propietarios que nos esclavizan. El otro bando del Norte recibe el apelativo de “yanqui”. Entre ambos se ha empeñado una guerra a muerte sin cuartel.

—Los dioses nos favorecen, y ellos son los que han enzarzado en guerra a los blancos—dijo Chagrin.

—Indubitativamente — dijo Marcus Danton —la influencia benéfica de los fetichismos de Chagrin, la Venus de Ébano, ha influido. Pero, el motivo por el cual luchan blancos entre sí, ¿sabéis cuál es?

Guardó unos instantes de silencio, y nadie le replicó.

—El caballero “Halcón” es lo puede decir.

—Luchan por la abolición de la esclavitud. Es decir, que los yanquis quieren que seáis libres, y los del Sur no lo aceptan, porque os necesitan para sus plantaciones

—Eso es—aprobó calurosamente y satisfecho Marcus Danton. —Ya lo habéis oído de propios labios de nuestro: defensor el caballero “Halcón”. Y ahora comprenderéis porqué esta misma noche, iniciaremos la matanza, arrasando Beaufort. Sólo respetaremos. la vida de Theodor Clayton.

—¿Por qué la de Theodor Clayton? —inquirió “El Halcón”.

—Él es quien me anunció que había llegado la hora del “vudú” y la rebelión.

—Apareció la Venus de Ébano en su jardín. Yo mismo la puse para descartar las sospechas.

—También apareció la estatua en el establo de la mansión de Dan Carter, el capitán,

—Pero estaba destinada al forastero jugador.

—¿Es enemigo de los negros?

—No. Pero al saber Theodor Clayton su llegada, se ha rodeado de sus sabuesos.

—¿Y qué garantías de triunfo te ha dado Clayton, Marcus?

—Muchas.

—Tú no eres jefe que lanzarías a tus fuerzas a un combate sangriento si supieras que ibas a la derrota.

—El triunfo es mío. Bien lo aseguró Theodor Clayton. Dijo que yo vestiría ropas como los demás blancos, me sentaría en los mismos bancos que ellos, y los yanquis me proclamarían campeón de la independencia, como hicieron con Lafayette.

—¿Todo eso te prometió Clayton?

—Y más. Me dijo que yo representaría a la raza negra en la gran sala donde los blancos discuten los asuntos de gobierno.

—Theodor Clayton es un falaz traicionero y malvado. Os lo digo yo. Al igual que vine a matar al coronel Lloyd por traidor, he venido a dar muerte a Theodor Clayton porque os quiere llevar a la peor de las ruinas. Marcus Danton, recapacita. Eres inteligente. Has leído la historia de los pueblos. Conoces lo que sucedió en la otra rebelión de “vudú”. También sabes que en la historia de la isla de Puerto Rico reinó por pocos días un negro. Después murió aborrecido por todos los suyos en el cadalso, y ese será tu fin. Todos los tuyos a los que engañado por las mentiras de Clayton, lanzas a la rebelión, transmitirían tu nombre para ser maldito por los nietos de tus nietos. Y generación tras generación tu nombre sería sinónimo de maldad y traición.

Marcus Danton irguió su talla.

—Solo a ti, “Halcón”, puedo consentir esas duras palabras.

—Porque sabes que yo no os engaño. Lo he demostrado con hechos que la leyenda repite. ¿Qué ha hecho en cambió Theodor Clayton? Es el plantador más duro e injusto de todo el Sur. Es una hiena que entrega a sus propios cachorros para ser devorado. El encendió una engañosa ambición en tu pecho, Marcus Danton ¿Que pensaríais vosotros—y con amplio ademán abarcó Gambler a sus oyentes, desde la silla de su potro— del negro que permitiera que un blanco empezará una rebelión donde iban a perecer su propia hija y el marido de ésta? Porque Clayton no te pidió respetaras la vida de su hija y de su yerno.

—¡Es un caballero del Sur el que habla! —gritó Chagrin. —No os dejéis convencer por sus razones falsas.

—Eres mujer y eso te salva— dijo solemnemente el enmascarado. —Que nadie hay en vida que pueda afirmar que “El Halcón” mintió ni siquiera para salvarse de peligros.

—Pero Clayton me aseguró que los yanquis me proclamarían héroe si yo encendiera la rebelión—dijo Marcus Danton ceñudo.

—Los yanquis serían los primeros en ahorcarte, Danton, porque no te perdonarían el haber dado muerte a sus hermanos de raza. Ellos quieren abolir la esclavitud, pero no tolerarán igualdad. Vestiréis ropas de blanco si queréis, ropas incómodas, y viviréis hacinados incómodamente. Se apartarán cuando paséis junto a ellos. Vosotros en el fondo no les importáis nada.

—Tú mismo has dicho que los del norte luchan para abolir la esclavitud—arguyó Danton.

—Ese es el pretexto. Indudablemente muchos son los yanquis de buen corazón y buena fe que os quieren liberar, pero la mayoría lucha por prebendas comerciales de aranceles y derechos de portaje.

—Tú defiendes a los del Sur—gruñó Chagrin.

—No tengo estandarte cuando obro en bien de la justicia, Venus de Ébano, y eso lo saben todos los que me escuchan. Yo he matado a propietarios sudistas, porque eran pérfidos con sus esclavos. He matado a yanquis porque eran perversos, y he matado a negros malos, porque no tenían corazón. Mi raza es la humana, y no distingo de colores ni ideas. El problema de esta lucha es arduo.

—¿Quién ha de ganar la guerra, “Halcón”? —inquirió cautelosamente Marcus Danton.

—El tiempo dirá. No veo clara la victoria por ninguna de las dos partes. Por ahora los del Sur han conseguido una gran victoria en el río Bull Run. Pero no es guerra sólo de liberación de esclavos. La disputa es más complicada y profunda. Es una guerra entre los terratenientes del Sur y los industriales del Norte; entre un régimen y otro; entre dos civilizaciones distintas. Yo no he creído nunca que la esclavitud sea beneficiosa o inevitable; pero tampoco creo que se pueda derogar con la violencia, causando tragedias que sembrarán la confusión en el esclavo y en el negro. No creo tampoco que el Dios de todos haya destinado a los negros para ser esclavos. Este es un argumento de políticos o hipócritas. Yo conozco a los esclavos y los quiero, como quiero a mi caballo, con un cariño elevado y noble que otorgo a muy pocos blancos, ya sean hombres o mujeres.

—¡Bien habla el señor “Halcón”!

—¡Sus palabras son imparciales!

—¡Es noble y generoso!

—Antes dijiste que yo conducía a mis hermanos a una hecatombe, “Halcón”—dijo ceñudo Marcus.

—Y lo repito.

—¿Me acusas de perversidad?

—No.

—Entonces, ¿de qué me acusas?

—Si hubiese venido a acusarte lo habría hecho invitándote a luchar. Yo no soy tu enemigo, Marcus Danton porque sé que tú no obras por maldad. Hay en ti como en todos, un punto de orgullo y te halagaría ser el salvador de la raza negra. Pero si tú quieres mandar en hombres que te sigan fielmente, exigirás primero que todos sean fieles. Empieza por serlo tú mismo y contesta a mis preguntas con sincera virilidad, tal como eres.

—Pregunta.

—¿Quién es él para interrogarte a ti, Marcus?—intervino furiosa Chagrin.

—¡Es el amigo de nuestra raza!—gritó uno de los oyentes.

—Contesta, Marcus: ¿cuál es el plantador más cruel de Beaufort?

Vaciló unos instantes el interpelado:



Avanzaban siniestramente..

—¿Son con vosotros perversos los otros propietarios? ~

—¡No!

—¿Vais a matar a “Missus” Helen, la gran señora, la madrecita cariñosa, la menuda muñeca adorable, la mujer por todos venerada y respetada?

—¡No!—aullaron varios.

—¿Vais a matar al joven capitán Dan Carter, hombre santo, bueno y justiciero? •

—¡No! —... -

—¿Vais a arrasar una ciudad como Beaufort, donde todo ríe, donde todo es fácil, y donde vuestros hijos viven alegremente? ¿Vais a elegir la existencia de errabundos perseguidos, acosados, teniendo que estar continuamente alertas, trabajar para abriros paso por caminos inexplorados, pendientes siempre de la sentencia de horca?

—¡No!—y esta vez el clamor fue unánime.

—Atiéndeme, Marcus Danton — dijo Gambler. —Si yo creyera que tu propósito había de conducir a tus hombres al triunfo, yo mismo me pondría a vuestro frente.. Si yo creyera que estáis tiranizados, os alentaría. Pero yo no quiero que el remordimiento atroz muerda tu alma, Marcus Danton. No quiero que tus hombres, pasado el primer instante de fiebre, miren hacia atrás y contemplando las ruinas en fuego de la hermosa, ciudad de Beaufort tengan que arrodillarse golpeándose el pecho por haber dado cruenta muerte a “Missus” Helen y al joven capitán Carter. En Beaufort no hay más que una tiranía. Una sola la de una hiena falaz y traicionera. ¡Muerte para Theodor Clayton!

—¡Muerte! —gritaron todos, blandiendo hoces guadañas.

—¡Deteneos, insensatos! — gritó la Venus de Ébano extendiendo ambos brazos.

La versatilidad del carácter negro era una evidencia que Rock Gambler no desconocía. Adivinaba que al igual como había logrado convencerlos también podían ahora sentirse captados por la bruja de la floresta.

—Obedeceréis ya ciegamente a un caballero del Sur...

—¡Porque sus palabras tienen fuerza de sinceridad!

—Defiende a los suyos.

—Y a nosotros—dijo un negro de cortos rizos blancos—. El habla en bien de todos. El único tirano de Beaufort es Clayton.

—Reflexiona, Marcus — apremió Gambler —Yo respeto el arte mágico de Chagrín, la Venus de Ébano, Pero nunca a los hombres fuertes los dirigió la voz de una mujer. Chagrín debe alejar de vosotros los maleficios. Esta es su misión. Hablará con sus dioses y ellos le dirán que es pronto aún para encender el “vudú” de la rebelión. Y no debe encenderse en Beaufort. Espera tu momento, Marcus Danton. Cuando cuentes con más fuerzas, entonces piénsalo. Pero ahora lanzarte a esa aventura es hacerlo el juego al tirano Clayton. Él partirá hacia el Norte, donde le recompensarían, pero vosotros seríais acorralados, y vuestras cenizas malditas para todos vuestros descendientes. Es noble si tiene por finalidad dar fin a los que os tiranizan. Seguidme, y que justicia sea hecha. Tú tienes la palabra, Marcus Danton, y tienes la mía de que Clayton sólo quiso emplearte a ti como instrumento y a tus amigos como carne de buitres.

Marcas Danton alzó los dos brazos.

—Creo en tus palabras, “Halcón”. Clayton debe morir. Yo tengo libre acceso a su casa. Me espera. Daré muerte al blanco de los perros, y mis propias manos estrangularán a Theodor Clayton. Pero antes quiero que sufra agonías, por haberse atrevido a poner en peligro a mis hermanos de raza. Gracias a ti, “Halcón”, Beaufort seguirá siendo la ciudad riente y pacífica. ¡Lodo sea el “Halcón”!

—Derrame el cielo bendiciones sobre su cabeza.

—¡Nos proteja siempre “Halcón”!

Chagrín iba a hablar, pero la diestra de Marcas Danton cubrió su boca, mientras la conminaba:

—Nuestro momento aún no ha llegado, Chagrín, pero llegará. Ésta noche el “vudú» sólo se ha encendido para la muerte de Clayton.

«El Halcón», látigo en mano, avanzó al frente del grupo de negros, mientras Chagrín volvía a internarse en la floresta rodeando el pantano.

Avanzaban siniestramente en silencio en dirección a la morada de Theodor Clayton. Marcus Danton, junto al “Halcón», habló:

—Entraré solo. Cuando salga, justicia estará hecha.

Tardó media hora en volver a salir Marcus Danton. Hizo un ademán elocuente, engarfiando sus poderosas manos. Dispersáronse los negros y “El Halcón” desapareció en las grises livideces del amanecer.

CAPITULO VIII

Concurso de tiro

Helen Ryan despertóse y su primer pensamiento centróse en su obsesión. Pensaba en la perversidad demostrada por el aventurero despreciable que había osado afirmar que ella estaba enamorada de él.

Aquel pensamiento la atosigaba, atormentándola.

Y seguía atormentándose, cuando a las diez de la mañana, un jinete vino a desmontar ante la Estancia.

Era alto y delgado y de modales, reflexivos. Su rostro enteramente afeitado, era agradable e inspiraba simpatía.

Vestía a la usanza de los granjeros del Oeste. En ancho sombrero, botas altas con espuelas, pantalón de montar, y corto chaleco, con pañuelo al cuello.

Pero tenía distinción natural y era atractivo. Parpadeó Helen Ryan, Creía reconocer en aquel larguirucho... y elegante cowboy...

—¡Smarty! — gritó de pronto—. ¡Smarty Prescott!

—Yo mismo, señora—saludó el recién llegado descubriéndose y pronunciando con acento cansino las palabras—. Honradísimo de volverla a ver, Helen. Hace ya cuatro años que usted me honró con una visita a mi choza.

Recordaba la hospitalidad del amable sheriff de la Ciudad de Tuylacax, donde había, ido a efectuar compras de ganado. Recordaba también la fama del peligroso sheriff.

El hombre caballeroso, que desafiaba la muerte, temido por todos los maleantes y cariñosamente acogido por todos los honestos ciudadanos.

Avanzó ella tendiendo ambas manos que con cortesía de meridional, Smarty Prescott, galantemente besó.

—Mi hija está paseando con su prometido el capitán Carter. Se alegrará mucho de verle, Smarty, porque le hablé mucho de usted, de su fama, su distinción y su valentía.

—Si mi tez no fuera incolora, me ruborizaría, “Missus” Helen—dijo el alto vaquero, sonriendo.

“Sus dientes siguen siendo perfectos de blancura y forma”, meditó puerilmente Helen.

—Siéntese, Smarty, ¿Un refresco? —¿Desayuno?

—Freí ya mis lonchas.

—Me alegra verle, Smarty. Y será usted mi huésped. No discuta. Y sé que no estará de paso, porque le acompaña el mulo con equipaje. ¿Siempre aficionado a vestir como un dandy?

—Es mi debilidad ridícula, Helen. No estoy de paso. He venido a Beaufort, con misión que me han ordenado desde Savannah. Al parecer, el “vudú” ha empezado en esta ciudad.

—¿Y usted viene a investigar?

—Esta es mi misión.

—Pobres negros! —apiadose ella, acongojada—. Tengo entendido que es usted muy bruto, Smarty... y perdone la calificación. Pero cuando reprimió la sublevación de los “sioux” de La Cañada Alta, corrían rumores de que es usted implacable... ¿Le molesta que le haya llamado bruto?

—En sus labios me suena a caricia, Helen. Y a cumplido. Reconozco que mis modales cambian mucho cuando no estoy ante señoras. Pero es ley de lucha, Helen. Los indios “sioux” no me daban sus manos a besar ni creo que los negros rebeldes piensan hacerlo. Ya sé que es usted un ángel para ellos, pero créame, no me guarde rencor si actúo con mano dura. El “vudú”, si se propaga, es terrible. Es peor que las salvajes incursiones de los pieles rojas. Me han dicho que el juez de paz de Beaufort es un buen hombre, pero blanducho... y dominado por su suegro, el hacendado Clayton. Vengo con autoridad plena, pero procuraré no ofender al juez Crawford. Ahora ya le he dicho todo. Usted sola lo sabe. Mi primera visita ha sido para usted.

Hizo una pausa el sheriff, rascándose la mejilla.

Helen Ryan le miró sonriente y algo emocionada.

—Lo siento, Helen... pero voy a reinsistir. Cuando estuvo en Tylacax, me enamoré de usted. Su imagen sigue en mi corazón. Soy bruto, valgo poco y nada puedo ofrecer más que mi rancho, mi cargo y mi honradez. Usted me afirmó que desde la muerte del señor Ryan, ningún hombre ha de ocupar su lugar. Lo comprendo. Él fue su primer amor, Helen. Pero yo tengo treinta y seis años... ¿y va usted a exponerme a que me case con mi cocinera?

—Es usted un bruto—dijo ella, suavemente—. Su última frase no tiene nada de lisonjeador para mí. ¿Debo comprender que está usted vacilante entre la elección? ¿Es su cocinera mi rival?

—Bien hace en burlarse de mí, Helen, La veo y me cohíbo. Me llaman— “Pico de Tucán”, porque a semejanza de este pájaro, he atrapado muchas moscas con palabras. El “Tucán” enseña la lengua blanca y finge ser una orquídea. Acuden las moscas y las devora...

—Ya conozco su apodo. Es usted un conquistador de mala fama—dijo ella, riendo, nerviosamente.

—No lo dije por vanidad, Helen. Lo cité para demostrarle que mi enamoramiento es serio, porque ante usted me encuentro sin palabras.

Y mi lengua...

— No soy una mosca.

—He venido a disipar el peligro del “vudú”... Lo lograré. Pero no quiero irme de Beaufort, sin antes oírla decir que no tengo ya esperanzas... o que siga aguardando pacientemente.

—¿Máxima de cazador? -

—Máxima de hombre que la quiere, Helen... Pero no quiero atacar tan pronto. Además, estoy algo ofendido. Tardó usted en reconocermelo. Yo, apenas la vi, me quedé con la garganta seca.

—Vaquero... dijo ella, suavemente—, Tiene usted distinción y cuando viste de caballero está hecho un figurín viril, pero su galanteo es rudo.

—...y bruto. Así queremos en Tyalacux. Honda y bastamente, con entrega absoluta. Pero, excúseme, quizá la molesto.

—A ninguna mujer le molesta el ser halagada... Bien, depende de quién procede.

Smarty Prescott era de rápida inteligencia. Percibió la vacilación y el cambio en el semblante de la preciosa mujercita.

—¿Algún inoportuno en su caminó, Helen?

Ella avanzó impulsivamente la mano colocándola encima de la del sheriff.

—Con usted puedo franquearme, Smarty. Su llegada ha sido providencial. Hay en Beaufort un hombre odioso, un hombre al que detesto con todo mi corazón un despreciable conquistador que... que ha tenido la osadía de pretender que... No me atrevo.,

—Mucho calor hay en su mano, Helen, El mismo que en sus palabras. Y tengo ya curiosidad por saber quién es el que la saca de quicio. Es más, la hubiese preferido hablándome con indiferencia de este conquistador.

—¿Por qué?

—La indiferencia nada significa. La vehemencia encubre a veces atracción.

—¿Usted también?—protestó ella, enojada, retirando su mano.

—¿Quiénes son los otros que creen que está usted enamorada de ese galán detestable?

—Mi hija y Dan... ¡Es usted odioso, Smarty! ¡Yo no siento más que repulsa hacia Rock Gambler!

—¿Así se llama el afortunado?

—Le apodan Dandy Pólvora.

—Exactamente, ¿qué es?

—Un pistolero perdonavidas, provocador, deslenguado, que hace burla de todo lo que es bueno y decente.

—Eso moralmente es un retrato acabado. ¿Y físicamente?

—Es... ¡Lucifer redivivo!,

—Lucifer es la encarnación del diablo hermoso. ¿Lo quito de en medio, Helen? Hora sería de que le hiciera un pequeño favor.

—No... Matarlo, no... Pero usted tenía fama de ser el mejor tirador de la región de los hombres de manos rápidas. También decían que pese a su flacura aparente, pegaba usted como un mulo... Bien, así decían. Yo no soy mala, pero ese elemento perturbador me saca de quicio. Osó decirme que yo estaba enamorada de él ¿Se da cuenta qué desfachatez? ¡Es el colmo!

—No comprendo por qué... Yo también estoy enamorado de usted.

—Pero, ¿no dice que yo lo estoy de usted!

—¿Lo está?

—¡No!...

— Sigamos — dijo, sin inmutarse, Smarty Prescott—. ¿Qué desea que le ocurra a Rock Gambler?

—No sé... Ustedes los que tanta importancia le dan a ser los gallitos, conceden mucho valor a no quedar en ridículo. Preferirían morir a que pueda decirse que, pistola en mano o en pelea, han sido vencidos. Me refiero a los de categoría superior, que se apartan del vulgar camorrista.

—¿Vale lo que yo ese sujeto ?

—Es un tramposo. Es muy fuerte. Es exasperante. Hace saltar una moneda porque dice que eso irrita a sus próximos adversarios, quitándoles serenidad. Su golpe favorito, es un puntapié a la mandíbula. Así rompió las quijadas de Clayton, Cordy y los Trimbball. Venció al negro Escipión. Tira como un caballero del Sur, Es agilísimo.

—Lo ha estudiado usted bien.

—No se ponga insolente, Smarty, ¿Tendré que proclamar a grito pelado que yo no siento la menor atracción por ese fullero? ¡No! ¡No lo quiero!

—Y al final se tomará la cucharada —canturreó Smarty Prescott.

—¿Qué quiere insinuar?

—Usted conoce esta canción. Es la que soplamos a los niños que no quieren tomarse el ricino. Usted es deliciosa, Helen, pero las damas del Sur que no han salido de sus palacetes, poco conocen de la vida.

—Tengo treinta y cuatro años.

—Matusalén encerrado en una cuna, a sus mil años no sabría nada de nada.

—Y usted, presuntuoso inteligente, ¿cree saber algo que a mí se me escape respecto a lo que siento o no?

—Es sencillo, Helen, y no me araño, porqué si me deja hablar hasta el final, me dará la razón. Señoras como usted no pueden evitarse un complejo doble: repulsa por el hombre que hemos dado en llamar “malo”, y, a la vez, atracción. Es como la fruta prohibida para el niño, o el abismo para el excursionista. Produce vértigos. Pero renace la

serenidad... Y tengo esperanzas... Porque a mí me llaman “el hombre malo” al servicio de la ley, por mis métodos de pistolero.

—Usted es encantador, Smarty.

—Usted es ahora la orquídea y yo el moscardón. Bien, al pasar por la plaza grande he visto los blancos del concurso de tiro, que tendrá lugar a las doce. Puedo hacer que le envíen una invitación a su “hombre malo”. ¿Dónde reside?

—En casa de Dan Carter, el prometido de Rosalie.

—¿En casa del amor de su hija? Es extraño. Tengo informes del capitán Carter y me lo presentan como el más honorable de los sujetos, la verdadera antítesis de su Rock Gambler.

—¡No es mi Rock Gambler! Bueno, no peleemos. Cuando se sonrío usted se lo perdono todo, porque es la sonrisa de un niño pícaro. ¿Sabe que es usted guapo, Smarty?

—Ha tardado usted en darse cuenta, Helen. ¿Cómo es que Dan Carter ha dado hospitalidad a Gambler?

—Su ama de llaves ha dicho que la prometida de Gambler, había acudido a buscar alojamiento en casa da Dan.

—¿Es guapa ella?

—¿Por qué quiere saberlo?

—¿Usted no quiere que yo ridiculice a Gambler?

—¡Sí! ¡Apabúllelo, maltrátelo, hágalo irse de Beaufort como un perro apaleado!

—Calma, señora... En mi tierra vamos paso a paso y disparamos justamente en el momento preciso.

—Me da siempre la impresión de que usted es un dominante varón que pretende tratarme como a una niña.

—Es cariño. ¿Qué tal es la novia de Gambler

—Dicen que muy bonita. La llamaban la “bella de Savannah”. —
¿La bella de Savannah? ¿Por casualidad se llama Sally?

—No. Su nombre es Norah y su apellido es Blondel.

—Ah... Bien, ahora con su permiso, me incrusto en su casa, valiéndome de su invitación. Me gustaría bañarme, mudarme y salir a dar una vuelta por la ciudad.

Media hora después, vestido enteramente de gris, con una chalina roja, brillantes las charoladas botas de espuelas de plata y al cinto las dos “Colt”, acercóse Smarty Prescott.

—Ya somos dos a desear que Rock Gambler se vaya de Beaufort. Usted y yo. Yo porque me parece que es un rival peligroso.

—No sea impertinente, Smarty. Puede besar mi mano... Está usted fascinante. No habrá mujer que se le resista...

—¿Qué me importan todas, si usted es cruel y se burla de mis dones y prendas? Hasta después, Helen.

—Buena suerte... y por favor, tenga cuidado... Es muy peligroso

Dandy Pólvara.

Smarty Prescott inclinó graciosamente su alta talla musculosa y flexible.

—Donde está Smarty Prescott—dijo, con su peculiar entonación cansina—no hay más hombre peligroso que Smarty Prescott. Buenos días, señora... Y créame, su imagen embellece cada día más en mi corazón. ¿Será porque tengo un corazón muy grande?

Helen Ryan quedóse contemplando con agrado la elegante figura del que se alejaba.

* * *

Norah Blondel notó claramente que en su alcoba entraba Rock Gambler. No tuvo necesidad de abrir los ojos. Conocía demasiado el característico pisar elástico.

Pero continuó con los ojos cerrados. Era un juego que le gustaba.

—Pues, bien. Son ya las ocho de la mañana y nadie se ha muerto. El presentimiento de la medrosa jugadora era falso. Ya no hay “vudú”, Theodor Clayton ha muerto y no amenaza ningún peligro a la bella durmiente que tiene las orejas bien abiertas.

—Hola, Rock. No me gustará tener por maridó a un gato trasnochador dijo ella, embelesada—. ¿Preparo el equipaje?

—¿Qué prisa tenemos?

—Anoche dijiste que odiabas Beaufort y todos sus orgullosos moradores.

—Anoche era ayer. Hoy brilla un sol magnífico y quiero lucir por las calles de Beaufort a la mujer más hermosa del mundo. Iremos a la joyería y te compraré un anillo...

—¡Oh, qué bien!—palmoteó ella gozosa, arrodillándose en la cama.

—Pero primero te vestirás con tu mejor trapo. Quiero que seas la más bonita del brazo del más guapo. A desayunar, que las correrías nocturnas me abren el apetito.

—¿Clayton las pasó muy negras ?

—Tú lo has dicho, dulzura. Las pasó negrísimas.

—Pareces una pueblerina del brazo de su novio soldado, ricura. Procura suponer por unos instantes, con un esfuerzo de imaginación, que eres una dama.

—Soy una dama, ¡cuernos!

—¿Quién lo duda?

—¡Oh! Rock, aquel que se acerca es Smarty... Smarty Prescott.

—¿Qué vende o qué compra?

—Es un granjero del Oeste. Vino varias veces a mi casa. Tenía mucho partido entre las mujeres.

—¿Ah, sí?

Smarty Prescott avanzaba andando con su paso calmoso. Fingió ver por vez primera a Norah Blondel. Descubrióse, acercándose.

—Buenos, días, señora. Encantado de saludarla. ¿Cómo sigue usted? Celebro estar en Beaufort, ya que usted está en Beaufort.

Rock Gambler miró sin amenidad al recién llegado.

—Rock Gambler, mi novio. Smarty Prescott — presentó Norah.

—Honradísimo—dijo Prescott.

—Yo no—replicó Gambler.

Norah Blondel se atragantó.

—Perdón... No le oí bien — dijo sonriendo, Smarty Prescott.

—Que yo no soy honradísimo. Soy como todos. ¿Qué tal está usted, Smarty Prescott? Celebro que esté bien de salud. Adiós.

—Adiós.

Y Smarty Prescott colocóse al otro lado de Norah Blondel, que había empezado a andar cogida del brazo de Gambler.

El aventurero miró sonriente al sheriff.

—Creo que le dije adiós.

—Usted sí—replicó, calmamente, el imperturbable vaquero—. Pero su prometida no me lo dijo. ¿Me permite que la acompañe?

—Oiga, Smarty... ¿es usted un tipo listo?

—Soy un sujeto medianamente inteligente. ¿Por qué?

—Entonces se habrá dado cuenta, que mi novia no necesita carabina, ni rodrigón.

—Los tres somos forasteros en la ciudad. No he cometido ninguna incorrección. ¿Por qué me trata con rudeza?

—Parece amante de la broma, Smarty Prescott.

—Me deleitan los bromistas.

—Bueno ¿y si nos fuéramos?—intervino Sally, nerviosamente.

Su pregunta causó gracia a Rock Gambler, quien se echó a reír.

—¿Es usted soltero, Prescott?

—Sí.

—¿Su novia ?

—No la tengo.

—Es lástima.

—¿Por qué?

—Para que usted supiera que no agrada a quien va del brazo de una mujer que venga un majadero a meterse donde no le llaman.

—¡Rock!—suplicó ella, angustiada.

—Creo que me ha llamado usted majadero e importuno.

—No. Lo que he dicho es que usted es un majadero que se mete donde no le llaman.

—¿Le parece bien que sigamos esta agradable conversación en otro sitio donde no esté presente su prometida?

Siempre sonriente, señaló Smarty Prescott hacia un punto,

indefinible, fuera de las calles...

Norah Blondel perdió el control. Taconeó enojada.

—¡Usted se va Smarty! ¡Váyase! ¡Y tú, Rock, no debes...!

—Encantador... Preludio de boda. La mujer cita apaciguadora, de buen corazón, no quiere peleas. Perdóneme, Sally, pero ha elegido usted mal. Se merece algo mejor...

—Lo que dije. Es usted un gracioso y le sobran dientes, Smarty Prescott. Aguárdeme unos instantes y en seguida estoy con usted. Ardo en deseos de romperle la boca.

—Comparto su ardor—dijo, flemáticamente, el sheriff.

Alejóse Rock Gambler, de cuyo brazo Norah Blondel se asía.

—Puedes encontrar sola el camino hasta la casa de Dan Carter. Y atiéndeme, de una vez para todas, miel. Si otro día vuelves, tú a meterte en las conversaciones de las personas mayores, te daré en medió de la calle y en medió... de tu “polisson”..., unas cuantas cachetadas. ¿Crees tú que me vas a poner en ridículo sollozando como una clueca cuyo pollito se ha torcido un alón?

—Es “Pico de Tucán”. Tiene fama de matón. Le temían todo en Savannah... antes de que tú llegaras. No te pelees con él... Creo que es algo del Estado. Rural o pistolero a sueldo de la ley.

—Empiezo a sentirme intrigado, dulzura. ¿Acaso quieres inspirarme el demonio de los celos y qué ruja clamando venganza? Vete y ya al almuerzo seguiremos esta agradable charla.

En parte, temerosa y en parte halagada, marchóse Sally. ¿Celos? Esto era un homenaje procediendo de Rock Gambler.

—Hermoso día, ¿verdad?

—Precioso. Tanto como usted, Smarty. ¿Usted es idiota o lo parece nada más?

—De todo hay un poco. Le noto acalorado. Ofende usted a su prometida.

—Aclare.

—Me honra, quizá, con celos, injustificados. Su actitud es la de la novia ultrajada... Y Sally, desgraciadamente, hasta hoy no había acogido las ofertas de sus múltiples pretendientes. Mala cosa los celos. Créame. Yo conocí a un sujeto que...

—Su acento, sus modales y su talento de matón, me están cosquilleando agradablemente, Smarty Prescott. Podemos, andar un poco, hasta encontrar un sitio tranquilo, ¿no le parece?

—Nunca rehusó invitaciones tan prometedoras.

Ambos eran de la misma talla, aunque el sheriff parecía más alto por su flacura musculosa,

—Usted es un matón, Smarty.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—¿Quién le ha enviado a buscarme?

—¿Por qué?

—Vino deliberadamente a provocarme. Tengo práctica en estos asuntos.

—Supóngase que me he enterado que lo apodan “Dandy Pólvora” y que goza usted de prestigio entre las damas. Me molesta. Donde estoy yo, las damas sólo hablan de mí.

—Me está siendo simpático, Smarty. Le romperé las muelas Con gran placer. Le estropearé este hermoso traje y quizá las damas le encuentren más de su agrado con la nariz ladeada.

—Eso promete—dijo, cansinamente, Prescott—. Yo tampoco quiero agujerearle la piel. Tiro demasiado y sería una ventaja. He prometido no hacerle mucho daño.

—Gracias. ¿A quién se lo prometió?

—Lamento decirle que si le preguntan quién me obligó a prometerlo, dirá usted, sinceramente, que no lo sabe.

—Tiene talento, Smarty. A otro cualquiera le exasperaría. A mí, no. Pero me ha molestado que saludara usted a Norah Blondel. Es mi novia y a los que antaño conoció... no me gusta conocerlos.

—El asunto está entre usted y yo, _Rock Gambler. Aparte a miss Blondel. Ella, desgraciadamente para mí, me demostró ser honesta. Por eso me duele más que usted sea su novio.

—En consideración a su dolor, procuraré dejarle el físico en estado de fácil reparación.

—¿Negocios en Beaufort?—inquirió, Prescott.

—¿Qué tal sigue su abuela la coja?

Rio Smarty Prescott. Se encontraba a gusto...

—Me dio recuerdos para su tía de usted, la patizamba.

—Se los transmitiré gustosamente. ¿Naípe, dados o plomo?

—A ratos perdidos soy sheriff en Tyalacax. Pero ahora estoy de vacaciones. Vine a visitar a Helen Ryan.

—¿Conoce usted a la orgullosa gran dama?

—Cuidado... No se resbale en éste terreno...

—¡Bien, bien! Tengo ya un as de corazones. Debe usted estar enternecedor, suspirando como un arenqué patético a los pies de la linda señora.

—Apartemos del asunto a la señora Ryan.

—Eso será si me apetece, sheriff. ¿Acaso...? ¿Es ella la que le envió a buscarme pelea?

—Helen Ryan tiene asuntos mucho más importantes que preocuparse por un aventurero de más o de menos.

—Pierda las esperanzas, sheriff. Helen Ryan está completamente entontecida por mi perfil.

Smarty Prescott se detuvo, insertando los dos pulgares en el cinto.

Su tez mate obscurecióse ligeramente, aunque seguía sonriendo.

—Pelear en el césped es más agradable, pero si insiste podemos emplear las piedras como su tentadero para nuestros cascos. El asunto, como le especifiqué, es puramente personal entre usted y yo. Cuestión de cartel. Donde está Smarty Prescott sobran los valientes. Por lo tanto, atiéndame el ruego. Deje en paz a Helen Ryan.

—Helen Ryan es indefinible. Es como si usted pretendiera coger un trocito de cielo con sus sucios dedos.

—Acabo de bañarme.

—Metáfora, querido compadre. Pero me presumo que usted en cuestión de cultura no será un lince.

—He leído “Otelo”, de Shakespeare. Me dio usted antes una imagen de Otelo 1861, cuando ordenó imperativamente a su novia que se alejase. Estaba graciosísimo...

—Lo gracioso debe ser verle suspirar ternezas a Helen Ryan. Ella sólo aprecia la música de mis piropos... Hace ver que la enojan, pero es natural. Le duele reconocer que está completamente fascinada. Además, es riquísima, tanto físicamente como en talegas.

—Tome dos pasos de medida, Rock Gambler. Creo que va a ser la paliza más sabrosa que en mi vida he dado.

Retrocedió Gambler otros dos pasos. Estaban cercanos a una plaza. La calle soleada estaba desierta.

—Yo no usaré plomo, Gambler. Pero si se siente tentado... aún estamos a tiempo. Le doy ventaja...

Y medio desabrochado el cinto, adoptó Prescott la postura del hombre encañonado, abriendo las manos a altura de sus hombros, doblados los codos.

Rio Gambler, desdeñoso.

—¿Ventajas a mí, matón del diablo? Yo no quiero matarle quiero irle dando palizas por todos lados donde lo encuentre. Baje los brazos, pistolero, y quítese las herramientas...

De la plaza desembocó Dan Carter.

—Buenos días, Gambler. ¿Viene al concurso de tiro? Ah, perdón no sabía que estuviera usted con un amigo.

—Le presento a Smarty Prescott, un sujeto muy bromista. Este es el capitán Dan Carter. Otro gracioso, pero muy distinto a usted, Smarty..

—Honradísimo, capitán Carter. Me han hablado excelentemente de usted, como el más preclaro y honesto caballero de Beaufort.

—Ahora el turno a usted, capitán Carter—dijo Gambler—. Corresponda y replique, ¿le han hablado mucho de “Pico de Tucán”, el más presumido de los matones y el más gracioso de los larguiruchos?

—Dejemos aplazado para después nuestro asunto, Gambler—invitó Prescott—. Aceptemos la invitación del capitán Carter.

—Si los blancos tienen su silueta, no fallaré un tiro.

—Usted primero, Smarty. Haga manos...

El gesto con el cual disparó doce balas seguidas Smarty Prescott, hizo enmudecer a todos los presentes. Miraron sus vainas engrasadas y sus manos que habían actuado con rapidez de relámpago.

El hombre que instantes antes estaba dándose aire con la chalina, habíase convertido de pronto en un alambre, en cuyos extremos, dos pistolas vomitaban fuego.

Y en las tres siluetas tomadas por blanco de sus disparos, aparecieron cuatro orificios netos. Uno en medio de la frente, otro en la cruz señalando el corazón y otros dos en cada mano.

—Tres cadáveres efectivos.— sonrió Prescott, cuando aún le aureolaban el humo de los disparos.

Cargó sus dos pistolas con el pulgar y el dedo medio, rodando el barrilete con el índice. Tardó seis segundos y sus dedos parecían independientes de su persona.

Dan Carter cerró la boca.

—¡Diantres, señor Prescott! Yo no he visto a nadie tirar así... Es cosa de magia...

—Dedos y práctica — dijo modestamente, Smarty Prescott—. Pero claro, usted, capitán, no pudo haber visto tirar así, porque nunca vine a Beaufort. No tomaré parte en el concurso, porque no quiero llevarme los premios. Smarty Prescott...

—Que es el mismo—añadió Gambler.

—Eso es... Smarty Prescott, que soy yo, no toma parte nunca en concursos. Es matar el tiempo... Y yo solo gusto de matar cosas vivas y dañinas. Demuéstreme qué tal maneja los dedos, Gambler.

—Yo no soy tan espectacular, Prescott... De sus doce tiros, sobraron nueve. Los de las manos y la frente, Mire aquella silueta! Tiene un corazón limpió de marca. No habrá más que un orificio. Gastaré cuatro plomos y solo marcará uno.

—Me gustará verlo.

Cogió Gambler dos pistolas de tiro. Fueron cuatro disparos simultáneos por lo continuos.

—En efecto—aprobó Prescott—. Casi, le podría dar lecciones con la seguridad de que mejoraría.

—¡Han sido cuatro plomos magníficos! — exclamó, entusiasmado, Dan Carter.

—Tengamos en cuenta que no usé pistola mía, ni llevo vainas aceitadas...

Pero no terminó Gambler su frase.

Un teniente acababa de cuadrarse ante él.

—Lo siento, señor. Le ruego no ofrezca la más pequeña resistencia.

Esos cuatro soldados tienen orden de disparar. Queda detenido por el asesinato de William Bendix y Theodor Clayton, que acaban de ser

descubiertos estrangulados

CAPITUULO IX

Sentencia

Rock Gambler miró a los cuatro soldados vigilándole estrechamente con los cuatro rifles engatillados apuntando hacia él.

Dan Carter enrojeció, colérico. El teniente excusóse:

—Perdón, mí capitán. No le había, visto. Llevo orden escrita del juez Crawford. Debo conducir inmediatamente al acusado al tribunal. Juicio sumarísimo,

—Vamos allá, Gambler — rezongó Carter—. No pretenda escapar. Yo le serviré de defensor. Se trata de un error.

—Así lo espero — dijo, inesperadamente, Smarty Prescott—. Tenemos un asunto pendiente usted, y yo, Dandy Pólvora.

La comitiva que se dirigió al edificio que era cárcel y sala de juicios, era original.

Entre cuatro soldados, cuyos, cañones de rifle le flanqueaban, avanzaba Gambler, precedido por el teniente.

Tras él iban Dan Carter, Smarty Prescott y varios oficiales. En la sala de juicios, Broderick Crawford, tras la mesa, aguardaba impaciente.

Al entrar el teniente, chilló el juez de paz.

—¡Armas fuera y cuerdas en las manos!

—Es puro formalismo, Gambler— apremió Carter—. Déjese atar, que yo mismo le quitaré las ligaduras, cuando le demuestre al juez su error.

Broderick Crawford estaba ansioso de venganza, pero quería ampararse en la ley. Iba a desquitarse de su otra actuación, muy distinta del día anterior.

Pero no pudo gozar con fruición de ver sentarse en el banquillo al atado Gambler rodeado el busto y los brazos por una cuerda, porque un individuo largo y sonriente vino a sentarse junto al sillón presidencial.

—¡Despejen!—gritó, asombrado de tanta impertinencia, Crawford—. Este es el estrado del juez.

—Buenos días, juez Crawford; Soy Smarty Prescott. Le ruego que lea esto—y tendió una hoja escrita y sellada con múltiples redondeles de cera roja y estampada de varias firmas importantes.

—No tengo tiempo ahora. Vaya a los bancos de público.

—No sea calzonazos y no me chille, Broderick Crawford. Gritar no es síntoma de fuerza sino de debilidad. No se atragante ni empuñe el martillo. Yo soy Smarty Prescott. Delegado gubernativo, con poderes

máximos y absolutos para relevarle a usted si es preciso. Lea. Es una orden mía, ¿sabe?

Al devolver la hoja, el semblante de Crawford era muy distinto.

—Mil excusas, sheriff.

—No hay de qué. Comprendo que le alborote la idea de ser juez de un caso de asesinato en esta pacífica comarca. Vaya a su trabajo y procure, demostrarme que sirve.

Engoló Crawford la voz para preguntar:

—Su nombre, acusado.

—Esto debería ya saberlo Crawford. He venido aquí dócilmente porque así me lo aconsejaron las autoridades. Pero vayamos al grano. ¿Qué pruebas hay de lo que se me acusa?

—¿Dónde estuvo usted esta noche ?

—Paseando al claro de luna. Después de comer, reposa. O puesto en refrán: “Comida reposada, cena pasada”.

—A las pruebas, juez Crawford— apremió Prescott— En duelo de presunto ingenio con el invitado, tiene usted las de perder.

—Las pruebas son aplastantes. No sólo le acusan de asesinato, si no de ser el incitador al “vudú”. Usted, famoso ya por su depravada vida, usted, vendedor de armamento al Norte.

—Y al Sur también. El negocio es el negocio. También ustedes mandan algodón a Inglaterra que lo envía convertido en tejidos para los yanquis. Pero vayamos a las pruebas.

—Marcus Danton y Chagrín la hechicera de la floresta, dicen que a la madrugada le vieron entrar en las habitaciones de Theodor Clayton, mi infortunado padre político.

—Al menos ha muerto consolado de no tenerle que ver a diario. ¿Qué más?

—¡Exijo respeto para el tribunal!

—No sea cómico, juez Crawford— intervino Prescott—. Las cosas de justicia en mi tierra van de prisa. Si es culpable, a la horca y si no a la calle.

—Marcus Danton y Chagrín han reconocido que obedecieron a sus instigaciones, y por eso depositaron la Venus de Ébano en el domicilio de Theodor Clayton. Después hicieron lo mismo colocándola en el estribo de su caballo, para despistar sospechas. Usted es un agente del Norte pagado para encender la rebelión de los negros... Apareció usted y apareció la Venus de Ébano. Con la desfachatez que le caracteriza, y que no reconoce ley ni moral, anunció usted su propósito de matar a Clayton, al cual ya había, en anterior ocasión, maltratado. Mató a Bendix porque éste se oponía a dejarle paso. Sólo un hombre fuerte como usted, pudo estrangular a Bendix y Clayton. El testimonio de Marcus Danton y Chagrín es irrefutable, pero, además, lo corroboran varios negros más. Le vieron salir a la madrugada.

—¿Por qué no acudieron?

—Creyeron que usted había sido llamado por el señor Clayton. Junto al cadáver de mi infortunado... del señor Clayton ha sido hallado eso.

Y, triunfalmente mostró Crawford un botón de extraña contextura.

Maquinalmente miróse Gambler la chaqueta.

Uno de los muchos botones que no encajaba en ojal y que estaba como adorno, faltaba.

—Son pruebas que por escrito complementaran los declarantes reunidos en otra sala. Después se efectuará el careo esta tarde. Pero honradamente declaro que no existe la menor duda. Rock Gambler es culpable, y al atardecer morirá en horca erigida en plaza pública. Pediré también los derechos a brea y pluma precedentes, castigo impuesto a todos los traidores que pretenden emplear su maldad en perjuicio del Sur. Decreto, pues, que sea encarcelado inmediatamente, para ser condenado a la horca, una vez efectuado el careo.

Rock Gambler, empujado por los cuatro soldados, ocupaba poco después la única celda enrejada sólidamente.

En la sala, Dan Carter manifestó su asombro:

—No puedo concebirlo... Es imposible. .

—No cabe la menor duda, capitán Carter, he dictado sentencia conforme a pruebas irrefutables.

—Así parece...—comentó Prescott—. ¿Son de fiar ese Marcus Danton y la bruja?

—Por completo. Él, en particular era el capataz negro de confianza del señor Clayton. Además, vean algo muy evidente. Si bien les he prometido que no sufrirán castigo, ya que espontáneamente se han confesado autores de la aparición de la Venus de Ébano, ¿por qué iban a exponerse a castigo si no les guiaba la intención de que fuera castigado el autor de la muerte de su amo?

—Yo, personalmente, emito mis dudas, juez Crawford—dijo Dan Carter.

—¿Va usted a defender a ese criminal?

—Precisamente porque todos están de acuerdo en que es un ser capaz de todas las maldades, han de reconocer también que hubiera abandonado Beaufort después del Crimen.

—La seguridad que en sí mismos tienen tipos como Rock Gambler es asombrosa, capitán Carter.

—¿Para qué quiere usted efectuar el careo?—preguntó Prescott.

—Simple formulismo legal. Gambler negará, como es natural, pero son siete testigos... Marcus Danton, Chagrín y cinco negros.

—Entonces, ¿esta tarde será ahorcado Dandy Pólvora?

—Sí.

—Lo siento. Tenía yo un asunto pendiente con él. En fin, usted y su

sentencia se me han anticipado, juez Crawford.

—El “vudú” ha terminado. No fue más que un inicio instigado por él encarcelado. Podemos ya estar tranquilos en Beaufort.

Broderick Crawford levantóse.

—Hasta la tarde, señores. A sus órdenes, sheriff. ¿Me necesita?

—Yo, no. ¿Y usted?

Parpadeó Crawford.

—Buenos días...—dijo, confuso. Le parecía peligroso el nuevo sheriff.

Dan Carter ofrecía un aspecto abatido.

—¿Le duele algo, capitán?

—Es imposible... Este torpe crimen no lo puede haber cometido Rock Gambler. Quiere a su novia... y no la hubiera expuesto a... No sé ya qué pensar. ¿No puede ser alguien que odie a Gambler y haya comprado testigos falsos?

—En este bajo mundo, lo más imposible es lo que a diario sucede. Vuelve uno la esquina, o el caballo tarda en abreviar, y aquellos segundos o aquel giro de pies cambian la existencia.

—¿No podría ser una mujer desdeñada la que haya confabulado esta acusación contra Gambler? Sabedora de que él era detestado en Beaufort...

—¿Detestado?

—Es cínicamente sincero.

—Ya... Dice en voz alta lo que los demás pensamos, ¿Y qué?

—Míreme bien, Smarty Prescott... Nos conocemos poco.

—Absolutamente nada.

—Yo tengo su apodo: “El Puritano”...

—Yo, otro: “Pico de Tucán”.

—Pues yo le juro que, sin pruebas, en contra, declaro solemnemente que juzgo inocente a Gambler.

—Declaró que venía a matarlo. Lo han visto los negros.

Dió media vuelta Dan Carter y abandonó la sala a pasos rápidos y que denotaban excitación y enoja

Smarty Prescott, solo en el estrado, extendió las largas piernas, colocándolas encima de la mesa. Echóse hacia atrás el sombrero, insertó los pulgares en el cinto y sus largos dedos repiquetearon contra las culatas...

—Los negros dicen que han visto... Gambler dijo que iba a matar... Un botón... Eso es todo. Decir no es ver. Decir no es matar. Un botón cualquiera lo puede arrancar... Smarty, hijo mío, me parece que vas a tener que intervenir.

PROXIMO EPISODIO:
“PICO DE TUCÁN”

El PIRATA NEGRO

GIGANTESCA FIGURA DE LA PIRATERÍA DE

Su temeridad sin límites, su vitalidad desbordante, su temple incomparable, le permitieron llevar a cabo las más colosales empresas.

El triunfo siempre sonríe a EL PIRATA

No es una novela más de Piratas y Corsarios sino la mejor, porque en cada página palpita un interés creciente y nueva, y cada aventura tiene un desenlace sorprendente.

MÁS DE 50 EPISODIOS PUBLICADOS ATTESTIGUAN EL ÉXITO

- | | | |
|-------------------------------|---------------------------------|----------|
| 1. La espada justiciera. | 18. Montbar, el exterminador. | 35. A... |
| 2. La bella corsaria. | 19. La tumba de los caballeros. | 36. M... |
| 3. Sucedió en Jamaica. | 20. Frente a frente. | 37. M... |
| 4. Brazo de hierro. | 21. Esclavitud y rescate. | 38. M... |
| 5. La carabela de la muerte. | 22. Deuda saldada. | 39. M... |
| 6. El Leopardo. | 23. El holandés fantasma. | 40. M... |
| 7. Cien vidas por una. | 24. "Mezzomorto". | 41. M... |
| 8. La bahía de los tiburones. | 25. Mares africanos. | 42. C... |
| 9. El corso maldito. | 26. Enemigos irreconciliables. | 43. M... |
| 10. Rebelión en Martinica. | 27. La ciudad invisible. | 44. M... |
| 11. Los filibusteros. | 28. El capitán Lezama. | 45. T... |
| 12. La primera derrota. | 29. Contra viento y marea. | 46. M... |
| 13. La dama enmascarada. | 30. Manopla de terciopelo. | 47. M... |
| 14. Los tres espadachines. | 31. El caballero errante. | 48. M... |
| 15. Los mendigos del mar. | 32. Sucedió en Sevilla. | 49. M... |
| 16. El Rey de los Zíngaros. | 33. La tizona toledana. | 50. M... |
| 17. Noches fantasmales. | 34. Máscara de flores. | 51. M... |

UN VOLUMEN QUINCENAL, TRES PESETAS

EDITORIAL BRUGUERA BARCELONA

